



# CARCELES . HOMBRES TRINCHERAS



99 de los 100

de España

por  
H. R. KNICKERBOCKER  
"Genio Espejo"

**EDICIONES  
ANTORCHA**

**PLAZA DE SAN BLAS  
QUITO ECUADOR**

**Suscripción anual (12 números) a los Cuadernos:**

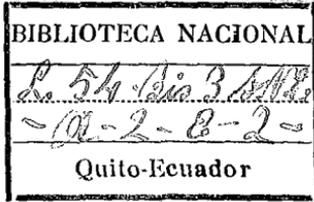
**ECUADOR \$ 12,  
EXTERIOR 1 dol.**

**ANTORCHA**, que es la expresión de la nueva cultura ecuatoriana, de esa inquietud en armonía con los problemas de la época, inaugura su labor editorial en momentos críticos para el porvenir de la civilización y cuando toda expresión del pensamiento, siendo obra realizada, constituye un atentado para el fío-facismo.

Esfuerzo de juventud significa esta Empresa, que no tiene más aliento que el aliento de las grandes iniciaciones en el rudo campo editorial. Comenzamos, pues, con fe en el porvenir, esta obra que estamos seguros será fecunda y enseñará a los demás pueblos de Indoamérica que en el Ecuador ya existe una Tribuna del pensamiento de Izquierda: Editorial Antorcha.

Nos proponemos dar a conocer, dentro de un bien seleccionado programa editorial, mediante la publicación mensual de una colección de cuadernos económicos, lo más valioso de la literatura social contemporánea, así como lo más auténtico y lo que constituye expresión ecuatoriana de nuestros jóvenes escritores.

Por fin, no sólo un criterio literario es el que guía a esta Empresa. Tampoco un criterio comercial, exclusivamente es su norma. Es conjunción de estas dos fuerzas que, haciéndose viva realidad, hoy surgen, en forma de libro, para conquistar la calle y la conciencia del hombre de la calle.



...CARCELES. HOMBRES. TRINCHERAS....





**H. B. KNICKERBOCKER**

**“...CARCELES**

**HOMBRES.**

**TRINCHERAS...”**

**QUITO - ECUADOR**

**MARZO DE 1.938**

**EDICIONES  
«ANTORCHA»**

**DERECHOS RESERVADOS**

# PORTICO

*Esta obra, con la cual iniciamos nuestra labor editorial, no puede ser fría, mesurada, académica; porque aquí está el Dolor de España insurgiendo de la pluma de un hombre, H. R. Knickerbocker, Corresponsal de guerra de la Empresa Hearst de los Estados Unidos que, desde el comienzo de la traición de Franco y sus generales, actuó al lado de las tropas de Burgos, sindicándose por su parcialidad en favor de los traidores y siendo, por tanto, el más decidido defensor del filo-fascismo.*

*Estas cuartillas: «... Cárceles. Hombres. Trincheras...» han sido, pues, escritas por quien fue enemigo declarado de la República. De ahí que tienen un valor extraordinario, histórico y documental, una verdad sangrante sobre la tragedia española.*

*H. R. Knickerbocker que, como dejamos dicho, fue para el Gobierno de Burgos el vocero más calificado de la prensa mundial, «por un monstruoso error», es un día arrojado a un sucio calabozo de la ciudad de San Sebastián, donde entra en contacto con los milicianos de la República, condenados a muerte por la dictadura blanca. Y es en una fétida habitación subterránea donde, el cronista americano, escucha la historia de la Guerra Civil española de los labios de un hombre, condenado a muerte, que palpó y vivió el Dolor de España en Cárceles y Trincheras.*

*H. R. Knickerbocker, con la muerte desafiante frente a sus ojos, leyó la historia secreta de las víctimas del fascismo que rayaran en la pared de la celda y en sus treinta horas de prisión escuchó lo que significaba el*

heroico sacrificio del pueblo español, contado por un republicano que sabía que esa noche lo fusilarían.

Estas crónicas, este reportaje de un condenado a muerte, hoy recogidas por la «EDITORIAL ANTORCHA», son el esbozo de la España ultrajada por los Franco, los Hitler, y los Mussolini. Traducidas del inglés al armonioso idioma de Castilla, sólo aspiran a exaltar la heroicidad de los defensores de la cultura y a describir, sin pasión ni parcialidad, los horrores del bandalaje fascista que, a su paso, va mutilando madres indefensas, niños inocentes y ancianos sexagenarios.

«...Cárceles. Hombres. Trincheras....» son apuntes de la barbarie científica. Un film de guerra por el cual destilan cuadros de terror: «Químicos, mecánicos, ingenieros y sabios, caníbales de laboratorio, en el anca de los potros salvajes de los Cuatro Jinetes! ¡Aereoplanos! ¡Impía matanza desde el aire! Tan impía, tan cobarde como el hundimiento de vapores neutrales por submarinos piratas durante la guerra europea. Tanques. Ametralladoras. Minas en los mares. Cañones de puertos desarmados. Bombas incendiarias. Bombas explosivas. Lanzallamas. Gases asfixiantes. Ruinas. Explosiones. Fuego. Sangre. Destrucción. Cadáveres».

«La barbarie científica sobre España y contra España! Sobre pueblos pequeños y humildes alejados de los frentes de guerra. Sobre la población civil de las grandes ciudades, a las que quieren sus invasores y sus cómplices de adentro desmoralizar por el terror».

«El terror! ¡El terror! Fusilamientos en masa. Badajoz, Sevilla, Córdoba, Valencia, Vigo, Zaragoza, Pontevedra, Lugo, Valladolid, Logroño, Málaga!»

Nuestra editorial cumple con orgullo su anhelo de iniciación: lanzar al mundo una voz que acusa, un reportaje de un condenado a muerte. Un libro: «...Cárceles. Hombres. Trincheras....» que recoge en sus páginas el Dolor de España.

EDITORIAL ANTORCHA

Se oyó ruido de metales y sus vibraciones conmovieron mi corazón cuando una gran puerta de hierro se cerró y un guardia civil echó un barrote a la misma, incomunicándome en una celda. Me hallaba solo, a treinta pies bajo tierra, en la celda de la muerte del Departamento de Vigilancia, de San Sebastián.

En las próximas treinta horas tuve una oportunidad única para estudiar la guerra civil española desde un ángulo especial.

Y era única para un corresponsal extranjero. Los españoles, cientos de miles de ellos; conocen la guerra civil, principalmente desde el ángulo de la prisión. Un número de españoles diez veces mayor ha encontrado la muerte dentro o fuera de los muros de la prisión, comparado con el de los campos de batalla. Y es que la verdadera guerra que sufre la España de hoy es ésa: una guerra de terrores.

Ante los Estados Unidos, ante los corresponsales y delegaciones visitantes y ante todos los observadores ex-

tranjeros, los españoles ocultan su terror, avergonzados de él, aunque lo justifican; prefiriendo mantener oculta su «justicia» tal como los asesinos ocultan sus crímenes.

Y ahora, por un accidente de la guerra, se me da una ojeada, más que una ojeada, un cuadro del terror, pero desde el interior de la cuestión.

Una denuncia hecha por desconocidos determina mi arresto. La acusación nunca me fué dada a conocer. Jamás supe cuáles eran los cargos ni se me enfrentó al acusador. Todo lo que llegué a saber fue que en esta tierra de historia guerrera, alguien me había acusado de uno de los mil posibles crímenes contra el Estado.

Durante seis meses ví otros aspectos de la guerra civil española, desde el momento que bajé de un avión en Burgos, el 21 de Julio, con rifles apuntándome al estómago y mis manos en alto, hasta hoy, en que luego de unas vacaciones, regresara a España. Creí que ya había visto todo lo que podía verse... hombres destrozados, cuerpos sin cabeza y desmembrados, apilados o solitarios en los campos; la bravura de las tropas en asalto y la bandera blanca flameando sobre las trincheras. El olor nauseabundo de los campos de batalla todavía reinaba en mi pituitaria, después de semanas pasadas de vacaciones en casa. Conocía los bandos y a muchos de los hombres que dirigen la lucha. Me parecía que ahora, desde la fresca perspectiva de América, convendría regresar a buscar una nueva perspectiva para tratar de apreciar el significado de esta guerra que ya causa tedio al mundo exterior, aunque se desarrolla en tan trágicas posibilidades para todos nosotros.

Y ahora, cuando miraba el triste interior del calabozo.

zo, comprendí que nunca, anteriormente, había sabido lo que era esta guerra. El guardia civil lo había llamado así. «Calabozo». Saqué el diccionario y leí «Pozo».

Después de hojear rápidamente el diccionario, llamé al guardián y, al aplicar éste su oído a la ventanilla, única comunicación que yo tenía con el mundo exterior, le grité en un español bastante primitivo.

— «Este... es... uno... monstruoso... error».

La oreja del guardia civil desapareció y puso su ojo por la abertura, mirándome largamente, hasta que se retiró.

Desde el techo colgaba una enceguecedora luz incandescente. Estaba prendida noche y día. Pasaba mi sombrero, que echaba sobre los ojos, y hasta por el brazo con que trataba de ocultarme. Dos arpilleras sucias eran la única ropa de cama que me dieron.

En el techo, junto a la pared exterior, se veía una abertura de dos pies de largo y tres pulgadas de ancho, la que se conectaba con un cajón de concreto, de modo que admitiera el aire, pero NO la luz. La débil corriente de aire llegaba a la celda luego de pasar por un mingitorio, que NO es para describir. La atmósfera del calabozo daba náuseas, pareciendo golpear los sentidos como martillo. Medí la celda. Tenía tres pasos de ancho y seis de largo, o siete si se los daba en diagonal. Y no me equivoqué, porque me pasé midiéndole toda la noche. Examiné el piso. Tenía marcas como picotazos. Sólo más tarde supe lo que eran. El resto estaba cubierto con desperdicios y suciedad de los innumerables prisioneros que me antecederían. En mis 17 años de periodista en muchos países

del mundo, conocí muchas celdas, pero jamás una igual a esta.

Las paredes y techo de la celda parecían un libro, con marcas escritas relatando las fechas de todas las sangrientas guerras civiles que destrozaran a España desde que construyeran este edificio, reservando esta caverna para las víctimas de último momento.

Se veían las iniciales de todas las organizaciones políticas que trataran, por el terror, de imponerse a las otras. Se recordará que San Sebastián, al principio de esta lucha, era republicana. Se veían las letras «F. E.» (Falange Española), y debajo los nombres de cinco españoles que escribieran orgullosamente: VINIMOS AQUI EL 13 DE JUNIO DE 1936.

Però San Sebastián cayó en poder de los blancos y después en la pared empezaron a leerse las iniciales «FAI» (Federación Anarquista Ibérica).

Con mi diccionario voy descifrando dolorosamente inscripción tras inscripción. Pronto evidencí que todo eso había sido escrito instantes antes de enfrentar una muerte segura. Al contrario de otras celdas que yo veía, en esta no había NI UNA sola inscripción o dibujo obscuro. Los pensamientos de los innumerables ocupantes de esta celda sólo giraban al rededor de una obsesión.

—«¡Desafiamos sus piquetes de fusilamiento!»— exclamaba un grupo, enrostrando a la muerte con sus nombres completos. Y otro, en tono diferente, escribía:

—«Yo, Pablo, estoy en un calabozo por primera vez. ¡Oh, pobre mi esposa!».

Otro escribía un poema al sol, a ese sol que posiblemente jamás vería otra vez. Mientras me hallaba su-

mido en la tarea de descifrar ese poema, oí el ruido de la barra de la puerta. Esta se abrió y el guardia empujó a un hombre de cara ensombrecida. La puerta volvió a cerrarse y la barra cayó de nuevo.

El hombre, sin siquiera mirarme, empezó a pasearse de arriba a abajo.

Media hora estuvo así, y yo también me paseé, a veces a su costado, otras pasándolo, pero sin hablarnos. Finalmente le ofrecí un cigarrillo. Aceptó y me dió las gracias. Otra puerta de hierro cercana se abrió y cerró. El guardia civil se alejó. Al perderse sus pasos en la lejanía, se oyeron cuatro golpes en la pared. Mi compañero dio un salto felino hacia la puerta murmurando un nombre por su abertura, aplicando en seguida su oído a ella, escuchando. Se oyó un murmullo. Mi compañero escuchaba, y habló nuevamente. Se apartó de la puerta y paseó nuevamente, con la cara más sombría que antes.

—¿Tiene Ud. un amigo al lado?— le pregunté.

Sí, un amigo— me contestó.

—Tomé algo de mi comida, le invité, acercándole lo que mis amigos, por la Gracia de Dios, habían conseguido traerme, pero que hasta ahora no había podido ni tocarlo.

—No puedo comer, respondió, dándole la espalda al alimento; se quedó inmóvil mirando largamente la pared opuesta; después tomó un sandwich y sonriéndose amargamente, añadió:— Pero comeré, pues quizás no vuelva a comer otra vez.

Le comprendí demasiado bien; me conmovió porque supe lo que me contestaría al preguntarle yo: «¿POR QUE?»

Me sonrió otra vez, respondiendo:

—Porque esta noche voy a morir.

Fruncí el ceño.

—Sí, señor— continuó—; si esta noche sé que vienen a buscarme y me atan las manos y muñecas, lo sabrá. Esto, señor, es España y ésto es un calabozo, y el calabozo es el sitio donde se fraguó esta guerra, y aquí la muerte nos rodea, señor. Sí, señor.... ¿No la huele ya?

Exhalé de mis pulmones el aire fétido, pero, al volver a aspirarlo, sentí nítidamente que ese aire era el aire de la Muerte.

\* \* \*

La guerra civil española, vista desde el interior de una celda, parece peor todavía que desde el campo de batalla.

Quizá fuera un privilegio, pero NO un placer el estar en una celda de la Vigilancia de San Sebastián, junto a un condenado y escuchar de éste y leer en las tristes paredes que hablaban un idioma particular, la parte no sabida de la historia del más amargo de todos los conflictos modernos. En esas paredes se veían manchas rojizas, y el condenado, mirándome, indicó éstas, al tiempo que comía su último sandwich.

—Ve eso?— me preguntó. Sangre— añadí, y como si hablara consigo mismo, murmuró;— Y fresca. Así es como se lucha en la guerra civil española. Algún policía que, tomando su revólver por la culata, habrá terminado con algún hombre contra esa pared. Y no pue-

de haber pasado mucho tiempo..... fíjese como brillan las manchas todavía.

Hablaba lentamente y abundaba en gestos para que yo le comprendiera. Cuando tenía que buscar el significado de alguna palabra en mi diccionario de bolsillo, él me ayudaba a encontrarla.

—Sí, sí ... sangre.... blood— exclamaba. Cuánta.... qué cantidad de ella ... mares!

NO estaba nervioso, sino que hablaba como lo haría un maestro con el alumno.

—¿Qué cosa es de menos valor actualmente en España?— pregunté— La vida,— me contestó en seguida. La vida no vale nada, es decir, la vida del hombre pobre. Mire este piso. ¿Ve estos oyitos? Son balas.... en el sitio donde los mataron mientras se hallaban tirados en el suelo. Si se pudiera encontrar todos los cadáveres que murieron aquí, formaría una pila que pasaría del techo en muchos metros. Quizás con ellos se pudieran llenar cien celdas como ésta desde el suelo hasta el techo.

—¿Por qué lo han puesto a Ud. aquí?— Le pregunté.

—¿Tiene Ud. hijos?— me preguntó él a su vez.

Le dije que sí, que tenía dos.

Yo también—respondió. Tres.... y también mujer. ¿Y ella sabe que Ud. está aquí?

—NO— contestó, en un tono de profunda tristeza.

Le mostré fotos de mis familiares y las miró con gran ansiedad.

¿—Cómo se llama Ud.? me preguntó.

—Knick— le respondí. ¿Y Ud.?

—Paco.

Después, como si finalmente hubiera decidido que podía confiar en mí, Paco siguió diciéndome tranquilamente:

—Le contaré el por qué estoy aquí.

Se acercó a la pared y me señaló las iniciales allí escritas: «CNT» (Confederación Nacional del Trabajo.)

—¿Usted?— exclamé, ¿Usted es de la CNT?.

Me miró en son de reproche por mi indiscreción, y bajando la voz, repitió:

—Ahora, cuando esta noche vengan a buscarme y vea que me atan las muñecas, sabrá que ha llegado mi fin.

Hablaba sin temor, como si me llamara la atención de que afuera llovía.

—¿Así que fusilan a todos los de la CNT, a todos los socialistas y a todos los comunistas?— pregunté.

—NO a todos— replicó gravemente. En mi ciudad, la Coruña... dentro y fuera de la ciudad creo que habrá unos 15.000 de la CNT. Ahora, suponga que habrán fusilado unos 10.000 de ellos, y unos 2.000 habrán huído a luchar contra Franco, mientras los otros 3.000 se hallan entre los falangistas».

Esta era una novedad sorprendente, de que los izquierdistas se unieran a los Fascistas, pero Paco sacó una tarjeta Falangista y me la mostró:

—“¿Ve?... durante un mes fui miembro de los Falangistas. NO me sirvió de nada pero muchos salvaron sus vidas en esta forma. No sirve de nada si no se tiene dinero”— continuó Paco, notándosele, por primera vez, un tono de amargura en la voz.

Sacó tres duros del bolsillo, de valor de un dólar y medio, diciéndome:

—Es lo único que tengo en el mundo, y cuando mi cadáver esté allá afuera, esta noche, en el pozo.... no estoy muy seguro que será, pero.....

Curvó sus labios amargamente y asintió rápidamente:

—Mi esposa ni los recibirá. Me saquearán los bolsillos. ¿Cuánto ganaría en América un obrero como yo?" — me pregunta bruscamente.

—Y.... hasta 4 dólares diarios si tiene suerte— contesté.

—Viene a ser cuarenta pesetas— calculó Paco. —¡Dios, que bien podría vivir con eso, junto a mi esposa y tres hijos! ¿Sabe cuánto gano yo, trabajando 10 y 12 horas por día? Le diré: cuatro pesetas .. y es lo mejor. ¿Cuánto es eso en su dinero? ¿Cuarenta centavos? Bueno, pues trate de mantener a una familia con cuarenta centavos al día. En esta guerra— prosiguió— solamente el pobre es el que tiene que ir al frente. ¿Vió los cafés en San Sebastián?>

Los ví, llenos de miles de jóvene elegantes y hombres maduros de ropa pulcra, cabellos bien peinados y uñas manicuradas.

—Pero, ¿cómo lo descubrió la policía?,— le pregunté.

—“No me descubrieron— contestó, Alguien me denunció. Y ¿a usted también le denunció alguien? Pero, de mí no supieron nada— añadió con orgullo. Ni de mi amigo, el de la celda vecina.... Escuche.... cuéntenme eso del caso de Lindbergh. ¿Era culpable Haupt-

man?

Le dije que la mayoría de la gente en América le creía culpable, aunque posiblemente tendría cómplices.

—En España no— me dijo Paco. Aquí creímos que era inocente. Pero, inocente o no, fué valiente, no es cierto? Sabía callarse la boca’.

Sonaron pasos en el corredor. Paco se quedó escuchando, atento. El guardia civil llegó y se llevó al amigo de Paco de la celda vecina, probablemente para otro interrogatorio.

Hasta que no regresaran, 20 minutos más tarde, Paco no pronunció ni una palabra, sentado en su camastro de madera y mirando la sangre de las paredes.

En cuanto se cerró la puerta de la celda vecina y el guardia civil se hubo alejado, Paco saltó hacia el agujero de la puerta de nuestra celda y empezó a murmurar ciertas palabras a su amigo:

Este murmullo duró veinte minutos. Después, Paco se levantó, se metió las manos en los bolsillos, y con el ceño fruncido empezó a pasearse de arriba a abajo. Cada vez que llegaba al final de la celda y se daba vuelta, lanzaba un silbido bajo, que casi no se podía oír y constantemente meneaba la cabeza. Era como si se repitiera a sí mismo:

—No puedo creerlo.

—¿Algo malo?— le pregunté.

Muy malo— me contestó; me pidió silencio y escuchó los pasos del guardia. Quise que Paco no se obsesionara por esos pasos y le pregunté cómo creía él que iba a terminar esta guerra?

—Esta guerra en pequeño se convertirá en una con-

flagración grande y todos entrarán en ella— me contestó— y, de cualquier modo, todos moriremos, así que, ¿para qué preocuparme? Si nos hubieran dejado solos! Yo soy un hombre pequeño, muy humilde, y no quiero saber nada de política ni de guerra. Sólo quiero trabajar junto a mi familia. Pero, ahora, si alguien sobrevive a esta guerra pequeña, será sólo para morir en la guerra grande— y mirando a la puerta, prosiguió: Me alegro que mi esposa no sepa que estoy aquí”.

¡Oh!— le dije para tratar de calmarlo— pronto estará de vuelta nuestro vecino. Pero no terminé la frase, porque ambos oímos pasos. Paco me dió la espalda y se quedó en el centro de la celda con los ojos fijos en la puerta. Cayó la barra de hierro y se abrió ésta, entrando tres guardias civiles

Paco ni me miró ni me dijo nada, saliendo y juntando las muñecas. Se volvió a cerrar la puerta. Me acerqué a ella en puntas de pie, mirando por el agujero, y ví a los guardias maniatando a Paco para la ejecución. Su amigo de la otra celda salió ya maniatado. Subieron la escalera, y sus muñecas juntas les daba el aspecto de que estuvieran orando.

Toda esa noche me la pasé tirado en el camastro o paseándome por la celda, pensando en Paco. Al medio día siguiente me llevaron a una oficina de guardia y seis horas más tarde, un detective me llevaba en su auto a Victoria, donde me pusieron en libertad, pidiéndome disculpas, pero sin darme explicaciones.

Tres días más tarde, en Salamanca, el general Francisco Franco, personalmente, me expresaba sus más sin-

ceros sentimientos por la detención que yo sufriera, estando de acuerdo de que mi estada en esa celda había sido «un monstruoso error».

\* \* \*

Las mujeres y los niños, los ancianos sin armas y muchachos por debajo de la edad militar, en una palabra, los no-combatientes, serán las principales víctimas de la próxima guerra. Los aviones destruyen, pero no deciden el combate.

Estas son las lecciones que la guerra civil de España a enseñado a Europa, la que hoy se estremece ante la destrucción de la indefensa ciudad de Guernica, vieja capital vasca, por los aviones de bombardeo de Alemania.

Vista desde un punto meramente militar, la destrucción de Guernica, con un cálculo de 2.800 a 3.000 ciudadanos muertos, viene a probar esa perspectiva pesimista de que la "Schrecklichkeit", el Terror, será empleado en la próxima guerra hasta un grado desconocido en el pasado.

Esto confirma la teoría sobre la cual Gran Bretaña se rearma con tan desesperada precipitación por aire, o sea, que el enemigo tratará de quebrar el espíritu de la población civil, bombardear en masa las ciudades, sin mirar si constituyen objetivos militares inmediatos, y de que la única forma de proteger la nación contra tales ataques es la posesión de medios adecuados de desquite.

Los vascos no poseen tales medios, pues Madrid tiene su flota aérea para su propia defensa, y ésta es la pura verdad, a pesar del anuncio de que se habían enviado a Bilbao cuarenta aviones republicanos!

Para poner el bombardeo de Guernica en la perspectiva que corresponde, debe hacerse notar que tanto los

gubernistas como los blancos, han persistido en los diez meses de la guerra civil en el bombardeo de las ciudades enemigas, y yo, personalmente, he debido refugiarme horas enteras ante el bombardeo de ciudades tales como Burgos, Salamanca y Talavera de la Reina. Sin embargo, estas ciudades tenían un objetivo militar y las bajas civiles pueden ser descritas como accidentes.

Las proporciones de la matanza de Guernica y el hecho de que no tenía defensa militar o significado militar, hizo levantar considerable reacción en los países neutrales.

Ya es posible pasar revista a la guerra aérea española. En este momento, por lo que he podido juzgar, en mi gira de tres semanas por España, los gubernistas y blancos tendrán, quizás, un total, de 400 aviones de guerra cada uno, igualmente divididos en aviones de bombardeo y de combate.

La mayoría de los aviones blancos están concentrados ahora en los aerodromos del norte para las operaciones contra Bilbao. Vi 40 en Victoria, 44 en Burgos, mientras otro número mucho mayor volaba desde posiciones situadas a pocas millas detrás de Guipuzcoa.

La mayoría de los aviones de bombardeo blancos son gigantescos, Junkers alemanes trimotores, mientras los de combate son Fiat italianos. Los alemanes, sin embargo, tienen unos pocos Heinkel de batalla, mientras los italianos, a su vez, cuentan con unos Savola, Marchetti y Caproni de bombardeo.

Los alemanes y los italianos manejan sus propios aparatos y tienen organizaciones independientes, operan-

do mediante oficiales de unión ante el generalísimo rebelde de Francisco Franco.

Los alemanes han hecho la mayoría de los bombardeos, mientras los italianos en sus aviones de caza, que parecen superiores a las máquinas alemanas. "Jaadg" han participado en la mayoría de los combates aéreos.

Por parte de los republicanos, existen virtualmente numerosa variedad de aviones militares usados, excepto los tipos alemán e italiano, pero la mayoría de los que ahora están en servicio son rusos o franceses. Un simple cálculo aritmético puede decirnos lo que ha sucedido en la guerra aérea Española; y lo que puede esperarse si llegara a estallar una guerra internacional.

Los informes oficiales de Franco dicen que hasta ahora los rebeldes han bajado 356 aviones enemigos. Están seguros de haberse bajado otros 56 más y dudan sobre otro número adicional de 16. Los cálculos oficiales del gobierno de Madrid no se han publicado, pero los cálculos particulares dicen que las bajas de los blancos son, más o menos de igual número. Esto significa que, cada bando ha perdido en estos once meses un número de aviones igual al que ahora posee, cerca de 400 cada uno. Tomando el conflicto español como a «una gran guerra en miniatura», y de que la violencia de un conflicto internacional sería mayor que ese, el resultado, sin embargo, demuestra que dentro de un mínimo de once meses los poderes beligerantes deben contar con que llegarán a perder todas sus fuerzas aéreas iniciales.

Por lo mismo, el problema de su reemplazo sería el primero que contaría en los cálculos del Estado Mayor. Pero, no sólo es un problema de reemplazar material, sino

hombres, y en grandes cantidades. Si únicamente la mitad de los aviones volteados en la guerra civil española fueran de combate, significaría que 400 pilotos expertos habrían muerto, mientras que 400 aviones de bombardeo bajados significarían de 1.200 a 2.000 pilotos, bombardeadores u observadores muertos, debido a que ahora los aparatos de bombardeo llevan tripulaciones de tres a cinco hombres.

Dos veces he visto bajar, envueltos en llamas, a gigantescos Junkrs. Y cada vez, cinco hombres se tiraron con paracaídas, sólo para ser acibillados con las ametralladoras de la infantería enemiga.

La perspectiva de los sufrimientos en masa en una guerra internacional se torna claramente intolerable cuando se considera que, ahora, con más aviones que nunca, los dos ejércitos españoles sólo tienen 400 cada uno, mientras cada nación de Europa admite tener, por lo menos, cuatro mil.

Dado que sería inconcebible pensar que una guerra internacional en Europa abarca a sólo dos naciones, pues lo más probable es que se vieran envueltas cuatro o más de ellas, la destrucción habida ya en lucha de España, se vería multiplicada, a lo menos, por cuarenta, si se quiere tener una idea de lo que sería el futuro de Europa, si llegara a sufrir la locura de la guerra.

Es por ello que la suerte de Guernica trae frescos temores a este lado del Océano Atlántico, porque si se permite semejante forma de terror en la guerra, significaría que los peores temores de los profetas del mal se verían cumplidos en este infeliz Continente.

Haile Selassie, exilado emperador de Etiopía, los

predijo cuando exclamó:

“Europa se encoge de hombros ante el bombardeo italiano en Etiopía, pero llegará el día en que Europa llorará en agonía y se lamentará desesperada por no haber hecho nada por evitar este asesinato desde el aire antes de que fuera demasiado tarde”.

A pesar de esto, todavía el ataque aéreo no ha ganado la guerra en España, y si la protesta germina ahora en Inglaterra contra la suerte de Guernica se toma con algún criterio, quizás todavía se llegue a comprender que esta matanza en masa de mujeres, chicos, abuelos y niños, puede convertirse en un «boomerang» en un mundo que todavía no ha tomado parte en una guerra totalitaria.

\* \* \*

Los aliados extranjeros del generalísimo Francisco Franco, están empezando a demostrar cansancio en su apoyo al mismo.

Hoy, 18 de junio, a seis meses del día en que el generalísimo de las fuerzas blancas cometiera el error mayor de la guerra civil española, sus ejércitos del norte pujan frenéticamente contra Bilbao, de modo de convencer, antes que nada, a Italia y Alemania de que no se han inclinado por el perdedor.

La pérdida del único barco de batalla de Franco, el «España», hundido con milagrosa celeridad por aviones de guerra republicanos, llegó en un momento inoportuno.

Después de la repulsión mundial por el bombardeo, incendio y exterminación parcial de Guernica, por los aviones de bombardeo y caza de Alemania. Los observadores neutrales hacen notar el contraste entre el uso de aviones de guerra contra poblaciones civiles indefensas y su uso con propósitos legítimos militares, como ser el hundir un barco enemigo.

Sin embargo, es más importante la impresión que aumenta tanto entre los amigos como en los enemigos de Franco, de que su victoria, que parecía cierta hace siete meses, se ha vuelto insegura.

La captura de Bilbao y el contralor de las provincias vascas podrían detener la marca desfavorable de ese sentimiento, y al mismo tiempo, dar a Franco los recursos industriales de los vascos y unos veinte o treinta mil soldados para las operaciones contra Madrid.

Y tal victoria es urgentemente necesaria, porque

la primera señal sería de defección en las filas de los aliados de Franco viene en el informe que el general O' Duffy sacó de España a los 1 000 voluntarios irlandeses que formaban la brigada irlandesa de la Legión Española, militarizada en noviembre y diciembre del año pasado. Además, hay que pensar en que los alemanes no han enviado más que los diez mil soldados especializados que llegaron en los meses de diciembre y enero.

En tercer lugar está la pasividad de los italianos desde su derrota en Guadalajara y la continua incertidumbre sobre lo que hará Mussolini.

La situación actual en España sólo puede comprenderse retrocediendo hasta el primer error fatal de Franco cuando, en la primer semana de noviembre no consiguió penetrar directamente en Madrid, como lo hubiera podido hacer cuando sus tropas llegaron a la ciudad. Desde entonces, todo el mundo se ha estado preguntando:

—¿Por qué Franco no toma Madrid?

Hoy, la respuesta es clara. En ese entonces, Franco no tenía más que la mitad del número de soldados que tenía el enemigo. Hasta que se llegó a Madrid, los partes oficiales de Franco tenían razón cuando decían que sus tropas sólo habían sufrido pequeñas bajas, contra cientos de los republicanos. Es que tenía unos treinta mil moros y legionarios altamente entrenados, contra sesenta y cinco o setenta mil milicianos sin entrenamiento. Se veía obligado a reservar sus fuerzas, y sabía cómo hacerlo, mientras los gubernistas no sabían pelear, sino morir simplemente.

Allegar a Madrid, Franco tuvo malas informa-

ciones acerca de las posiciones del enemigo. Como recién ahora lo sabe. Madrid hubiera podido caer en seguida. Habían perdido la voluntad de luchar. La moral estaba rota y los primeros tres días desde que Franco llegara a Getafe y ocupara Casa de Campo, la capital no hacía más que esperar que los tanques recorrieran sus calles. Y ésto lo confirman hoy todos los testigos imparciales que se hallaban entonces en Madrid. Pero los espías de Franco, quizás traicioneramente, le informaron que iba a ser una locura asaltar la ciudad sin bombardearla primero y aniquilar a las posiciones de la artillería y ametralladoras de Miaja. Al mismo tiempo, no permitió que su artillería y aviación bombardeara a ciegas la ciudad.

Creyó que una mera amenaza de bombardeo haría que la ciudad capitulase. Y Franco esperó una semana, y se limitó a bombardear meticulosamente las posiciones republicanas. Ordenó que no se tocaran los edificios de alguna importancia histórica o artística, y reservó una sección de Madrid, para que se refugiara la población civil. Esto, según sé, fué observado la primer semana por la artillería y aviación. Personalmente he presenciado el bombardeo. Pero, después de esa semana llegó el primer envío de la Brigada Internacional. Unos tres mil entusiastas franceses, rusos, italianos antifascistas, alemanes anti-nazis, checoslovacos, ingleses y otros más, todos estrictamente voluntarios y deseosos de luchar. Aunque el comando gubernista hubiese deseado capitular, ya no podría hacerlo. Pero recibían grandes refuerzos y se envalentonaron ante el hecho de que toda una semana no habían retrocedido, tanto más que en la histórica lucha desde Badajoz a Madrid había inspirado una triste bro-

ma en la capital, donde se decía que los milicianos serían favoritos en la próxima maratón Olímpica.

Cuando Franco se decidió a atacar, los moros y legionarios se lanzaron contra una defensa de hierro que, hasta ahora, siete meses después, no iba a poder ser rota.

No se sabe si contra su voluntad, Franco accedió a un ultimátum de sus consejeros militares alemanes, diciendo, que o bien bombardeaba sin misericordia a la capital, o ellos le quitaban su apoyo.

Y también esta decisión se tomó demasiado tarde, y hoy, después de medio año de bombardeo como ninguna otra capital lo ha sufrido en los tiempos modernos, Madrid se ha fortificado de tal modo que los observadores neutrales declaran que no podrá ser tomada en asalto directo. Sólo será posible rodearla y hacerla capitular por hambre.

Pero, antes que sucediera esto, y durante el período de las victorias sin interrupción, Alemania e Italia, bajo la impresión de que Franco marcharía directamente contra la capital, reconocieron su gobierno, retirando sus emisarios de Madrid y enviando otros a Salamanca, empezaron a mandar tropas, además de los aviones y pilotos que ya estaban allí.

Bajo la misma impresión, los católicos irlandeses formaron una Legión y se embarcaron para España. Los alemanes, italianos, irlandeses y portugueses, querían estar del lado del ganador. Los irlandeses eran los únicos voluntarios genuinos de Franco, y quizá los más desinteresados.

Pero, seis meses de muerte, heridas, mala alimentación, trincheras cubiertas de barro y el aumento de in-

seguridad en la victoria final, terminó con el fervor de los extranjeros.

Por más maniobras que sucedan en Europa entre el Premier Mussolini y el Canciller Hitler, el hecho es que los alemanes en España desprecian a los italianos y detestan a los españoles. Y los españoles aborrecen tanto a los italianos como a los alemanes y todos están cansados de la guerra.

Sólo Mussolini tiene un profundo interés en la guerra civil española, y sobre sus acciones futuras depende la acción de ésta.

\* \* \*

El tiempo obra en contra del ejército blanco del generalísimo Francisco Franco, en la guerra civil española.

Si Franco no gana en seguida con las fuerzas de que dispone, o no recibe refuerzos frescos desde el extranjero, el resultado puede ser «un empate», prolongándose indefinidamente y con un costo ilimitado.

Las grandes bajas rebeldes que anuncian los comunicados vascos, son parte del precio que el general Franco paga ahora por su gran error de no entrar en Madrid, como pudo haberlo hecho al llegar a esa ciudad hace siete meses.

Su diversión de Setiembre al tomar Toledo y libertar el Alcázar, salvó las vidas de mil doscientos hombres y mujeres de esa fortaleza, pero desde entonces han perecido diez veces más españoles debido a que el general Franco fué a libertar el Alcázar antes que a tomar la capital.

La victoria de Toledo hizo dictador al general Franco, pero todavía la historia no ha dicho si ella le hizo perder la guerra. Esta opinión es compartida por muchos observadores militares que presencian los acontecimientos de la guerra civil desde julio hasta la fecha. Se basa en hechos relacionados con el número de hombres de ambos bandos y en el carácter de la guerra moderna.

Hasta ahora, poco se ha publicado respecto al número de hombres de esos dos ejércitos que ahora están determinados a exterminarse entre sí.

El mejor cálculo dice que el general Franco tiene al rededor de trescientos mil hombres bajo las armas, divididos así: veinticinco mil legionarios nativos españoles y moros; sesenta mil en el ejército regular, cincuenta mil tropas requetés carlistas; ciento diez mil falangistas o milicianos facistas, cincuenta mil italianos, diez mil alemanes, mil portugueses y mil irlandeses. Estos últimos se anuncia que ya han partido de regreso.

Los rebeldes empezaron con cerca de treinta y dos mil legionarios y moros, y posiblemente con setenta y cinco mil soldados del ejército regular.

El total de las fuerzas del ejército regular en tiempo de paz, aparte de Marruecos, era de ciento diez y siete mil hombres, cuando fracasó el golpe de Estado de julio. En los territorios ahora controlados por el gobierno, había, por lo menos, cuarenta mil soldados unidos a éstos, dejando a los rebeldes unos setenta y cinco mil.

Los legionarios y los moros se utilizaron en las luchas de asalto, en forma tan continuada que perdieron más de la mitad de sus fuerzas. Al mismo tiempo el general Franco trató constantemente de llenar los claros de la Legión con moros y reclutas frescos. Hoy se calcula que hay un máximo de diez mil moros y quince mil legionarios españoles, en su mayoría hombres nuevos, organizados alrededor de los veteranos sobrevivientes.

El ejército regular de setentacinco mil hombres sufrió, por lo menos, una tercera parte de bajas, pero se reclutaron otros y ahora debe sumar sesenta mil soldados.

Los requetés, que llevan las boinas rojas, son las mejores tropas auxiliares, y sus cincuenta mil hombres sirven más que los ciento diez mil milicianos fascistas

que pertenecen a las mismas clases que se enrolan en las milicias populares con igual celeridad.

Con eso se ve que, aparte de los italianos y alemanes, el ejército del general Franco no aumentó numéricamente desde el 1º de octubre, después de tres meses de lucha. Sus reservas actuales en el territorio rebelde, que comprende la mitad de la población de España, deben ser tantas como las de los republicanos. Mas, parece que el general Franco no ha reclutado en gran número por tres razones.

Primera: porque anticipó una victoria rápida con las primeras fuerzas que tenía a su disposición; segunda: porque no puede confiar en los campesinos y obreros como pueden hacerlo los republicanos; y tercera: contaba con que los italianos y alemanes le darían las suficientes tropas entrenadas para ganar la guerra, después que no pudo materializarse la rápida victoria.

El gobierno, por otro lado, parece contar con setecientos mil hombres de los cuales cuatrocientos mil están en los frentes y trescientos mil entrenándose.

De este total posiblemente tengan veinte o treinta mil voluntarios extranjeros, aunque es más difícil controlar esta cifra que la de los alemanes e italianos que pelean por Franco.

Algunos de estos voluntarios son soldados entrenados. Pero muchos son tan inexperimentados como lo era la primera milicia. La milicia republicana empezó sin ningún entrenamiento, pero los veteranos más viejos tienen ya nueve meses del mejor entrenamiento para la guerra . . . que es la guerra misma.

Hoy día, los oficiales rebeldes más sensatos admi-

ten lo que antes no hubieran jamás admitido: que los republicanos son, hombre a hombre, tan buenos soldados como cualesquier rebelde. Si no son vencidos antes de que lleven a los frentes sus setecientos mil soldados, serán más difíciles de vencer que hoy.

Finalmente, desde que los ejércitos republicano y blanco se han equiparado en entrenamiento y equipos, esta guerra está demostrando, más y más, la supremacía de la defensa sobre el ataque.

Las pérdidas más severas, a veces hasta el cincuenta por ciento, son sufridas por los atacantes. Son diezmados por las ametralladoras y contra ésta sólo hay tres métodos de lucha: primero, mediante constantes y persistentes ataques de infantería, ola tras ola, sin pararse en pérdidas, dispuestos a perder nueve hombres sobre diez, pero siempre que este décimo llegue y mate al que hace funcionar la ametralladora; segundo, con tanques, y tercero con artillería.

Ninguno de los dos bandos tiene el suficiente número de hombres como para usar el primer método. Los tanques han dado un gran desencanto por el desarrollo de los cañones contra tanques, que ha llenado los campos de batalla de España con tanques inutilizados, mientras sus tripulaciones fueron hechas picadillo por los proyectiles arrojados contra ellos.

He visto tanques rusos destrozados por cañones alemanes contra tanques, que atravesaban sus planchas como si fueran de papel.

Finalmente, ninguno de los dos bandos tiene el suficiente número de cañones, o la calidad necesaria para aplastar las ametralladoras enemigas.

Por ello considero que los de la ofensiva deben sufrir enormes pérdidas. Pero también parece que el general Franco debe vencer rápidamente con las fuerzas de que dispone ahora, o bien obtener de inmediato más refuerzos desde el extranjero antes que el ejército de la República aumente demasiado.

¿Y enviarán más ayuda al general Franco, Mussolini o Hitler? Esta es la pregunta que decidirá, quizás, no solamente el destino de España, sino también el de Europa entera.

\* \* \*

España seguirá siendo el campo de batalla de Europa y «su pequeña guerra mundial» está destinada a tener posibilidades de una explosión mayor.

Italia y Alemania han decidido apoyar, por lo menos una vez más, la ofensiva de Franco para ganar la guerra civil, y se han propuesto seguir luchando juntas.

Este es el resultado más importante de hoy en las conversaciones que acaban de terminar, entre el Premier Mussolini y el Ministro de Relaciones, conde Galeazzo Ciano, de Italia, y el Ministro de Relaciones de Alemania, Barón Constantino von Neurath, y que se realizaron en Roma, aparte de la conferencia realizada inmediatamente entre Mussolini y el Ministro de Aviación de Alemania, Hermann Wilhelm Goering.

Ello no significa que necesariamente deban continuar apoyándolo por siempre. Sólo significa que por el momento Musolini está determinado a no retirar sus cincuenta mil soldados de España hasta que la derrota italiana en Guadalajara sea vengada y se restablezca el prestigio militar italiano, y han convencido a los alemanes de que mantengan sus diez mil soldados especializados, por lo menos hasta que se inicie otra tentativa para rodear a Madrid.

La historia amplia y auténtica de la batalla de Guadalajara, la que todavía puede tener consecuencias en Europa, no será conocida, quizás, hasta mucho después de esta guerra. Pero ya se ha sabido lo suficiente en España con el interrogatorio a testigos de ambos bandos, estableciéndose un panorama más o menos claro. Y éste va

contra la idea popular de que fue un segundo Caporetto, o algo parecido, que desacreditaría gravemente al ejército italiano. Las proporciones de esta derrota fueron grandemente exageradas por la prensa europea y fueron menores que muchas otras acciones anteriores de esta misma guerra.

Las causas de ella fueron de importancia de relativo grado: primero, mal trabajo de Estado Mayor español; segundo, los celos españoles hacia los italianos; tercero, exceso de confianza italiana; cuarto, tiempo desfavorable, y quinto, la aviación republicana superior.

El objetivo de Franco en ese ataque, objetivo que por cierto volverá a perseguirse, era el rodear a Madrid en un gran círculo, después de haber fracasado en la toma de la ciudad por asalto directo, o sitiándola en un estrecho círculo.

Después de fracasar en el corte de las comunicaciones de la capital con Valencia, al atacar más allá del río Jarama por el Sur, intentó bajar desde el Norte y capturar Guadalajara y Alcalá de Henares, empujando hacia el Sur para unirse con el ejército del río Jarama y hacer un nudo corredizo en el cuello de Madrid.

Los italianos, que tanto éxito tuvieron en la toma de Málaga, estaban ansiosos por otra victoria, y recibieron orden de tomar por el camino principal de Guadalajara, mientras las divisiones españolas iban a acompañarlos por los flancos izquierdo y derecho, por dos pequeños caminos de acercamiento.

La batalla empezó el 7 de marzo y terminó dos

semanas más tarde. Los italianos avanzaron 23 millas en 5 días, hasta hallarse a seis millas de Guadalajara, pero sus aliados españoles no pudieron avanzar y dejaron los flancos italianos completamente desguarnecidos. Los republicanos contraatacaron el 12 de marzo y en nueve días hicieron retroceder diez y siete millas a los italianos, dejándoles, así, una ganancia neta de seis millas, pero con una pérdida de 1.800 muertos, 1.200 heridos y 400 prisioneros, como así mismo gran cantidad de camiones, cañones y material de guerra. Los republicanos, posiblemente, tuvieron la mitad de pérdidas en hombres. Los italianos empezaron desde Algeira, llegaron a Torrija y retrocedieron hasta Almadrones. Su comandante, el general Manzini, fue llamado a Roma. Pero, por encima de éste se hallaba el general español Moscardo, quien se ganó los galones de general en la defensa del Alcázar, aunque probó en Guadalajara que el heroísmo y las cualidades para ser general son dos cosas distintas.

Los italianos, que tenían cuatro divisiones con treinta y cinco mil hombres, eran en su mayoría de la milicia de Camisas Negras, mandados, en parte, por oficiales del ejército y en parte por oficiales no-comisionados, aunque sin poder compararse, bajo ninguna forma, con las mejores tropas de Mussolini.

Fracasaron porque el avance fué demasiado rápido, pero, aunque lo hubieran hecho más despacio, siempre habría sido demasiado rápido para los españoles que los apoyaban desde los flancos, pues no podían moverse.

El por qué de la falta de apoyo de los españoles a los italianos puede describirse, primero, a la falta de dirección, y segundo, y más lamentable, al mal espíritu

tu que reinaba entre italianos y españoles.

Es verdad que, cuando se esparció la noticia de la derrota italiana, muchos oficiales españoles de Franco no ocultaron su alegría, celebrándola públicamente.

La principal falta cometida por los italianos fue la poca estimación por el enemigo. También contribuyó el tiempo, con fuertes lluvias que paralizaron las columnas motorizadas italianas que ayudaban el avance, dejando a cientos de camiones y piezas de artillería empantanadas, mostrando perfectos blancos para los aviones de guerra republicanos, que llegaron en mayor número que nunca. Hallándose cerca de su asfaltada base aérea de Alcalá de Henarese, los republicanos podían elevarse en medio de la lluvia, pero los aerodromos rebeldes se hallaban extremadamente cubiertos por el barro, debiendo su aviación quedarse en tierra durante toda la batalla.

Finalmente, el fracaso de los españoles en la ayuda de los flancos italianos, dejó a la columna del medio sin otra alternativa que la retirada cuando los republicanos contraatacaron, y fue sólo mediante la suerte y un rápido movimiento que se evitó que los italianos se vieran con la retaguardia cortada, en cuyo caso las pérdidas hubieran sido mayores.

En resumen, fué un contraste doloroso para los italianos.

Sin embargo, Europa lo llamó «Caporetto», y se gritó que “eran soldados de chocolate”, todo lo cual era intolerable rudeza para los oídos italianos.

Mussolini ha constituido todo su prestigio en Europa sobre la creencia de que ha hecho de los italianos una raza superior de guerreros y de que su ejército era de te-

mer. Cualquiera que fuera la verdad de lo de Guadalajara, se le hizo necesario hacer desaparecer esa leyenda.

Y de ahí, la decisión de Mussolini de seguir en España. Ahora, la cuestión es: ¿Podrá forzar la victoria sin enviar más tropas, arriesgándose a la represalia francesa y a la posibilidad de una guerra general?

\* \* \*

Hace seis meses una guerra internacional en España parecía muy probable. Hoy, ese peligro, aunque todavía existe, ha disminuido, y Europa siente que puede respirar nuevamente más tranquila. Una vez más las naciones agresivas se detuvieron al borde de la guerra.

En diciembre pasado, cuatro naciones empezaron a inundar España de hombres y armas. Nadie podía prever el límite de esta participación. Alemania e Italia estaban de parte del general Franco, y Francia y Rusia de parte de Madrid. Parecían empeñadas en poner todos sus recursos posibles a la disposición de sus refugiados en España.

Era evidente, para todos, que si continuaba esa inundación de hombres y armas sin control, la conflagración se extendería, y que pronto los alemanes e italianos, los franceses y rusos estarían luchando dentro y fuera de España también. Y esta comprensión detuvo la marea. Las naciones que guerreaban en España llegaron hasta los límites de la guerra internacional, después retrocedieron alarmadas y titubearon, como ya lo habían hecho una media docena de veces desde la Gran Guerra, como cuando fué asesinado el canciller Dollfuss por los nazis en Austria, como cuando el rey Alejandro fuera asesinado en Marsella, o cuando el premier Mussolini desafió a la escuadra británica o cuando el canciller Hitler ordenó la marcha sobre el Rhin.

Alemania detuvo sus diez mil soldados en España, Italia sus cincuenta mil, Francia y Rusia sus veinte o

treinta mil. Bajo el temor de la guerra «el ridículo e impotente» comité de la No Intervención, arrancó una promesa a los beligerantes del exterior, de que cesaran de enviar apoyo a España desde el 20 de febrero, y se llegó a un acuerdo para imponer la supervisión internacional en las fronteras españolas y sus costas, desde el 19 de abril.

La dirección británica a favor de la paz se aprobó una vez más, como se aprobaran repetidas veces desde 1918, y esta vez con mayor prontitud dado que su rearme la puso nuevamente entre las grandes naciones. Gran Bretaña contuvo a Francia. Francia le dijo a Alemania e Italia que no insistieran o se atuvieran a las consecuencias, que serían el envío de divisiones francesas a España.

Desde que el control de la no intervención se puso en efecto no han habido envíos confirmados de hombres y armas a España. Se han oído muchos rumores de desembarcos de italianos en Cádiz, y de alemanes en San Sebastián, y de aviones alemanes volando a gran altura directamente desde Alemania a territorio rebelde. También se anunció la llegada de varios barcos cargados de municiones en puertos republicanos. Algunos de estos rumores pueden ser verdad, aunque no pude certificar ninguno durante mi estada en España, pero desde que las naciones más interesadas no se han decidido a usarlos para denunciar la no intervención, es que no son de importancia para la cuestión de paz o guerra internacional en España.

Por supuesto, que nadie sabe cuánto durará esta guerra.

Entonces, quien obtendrá la victoria militar? En la actualidad, sólo es posible sumar las fuerzas envueltas; Franco tiene cincuenta mil italianos, diez mil alemanes y un cuarto de millón de españoles bajo las armas. Necesita tropas. Le falta dinero pero tiene los distritos agrícolas más ricos de España y puede alimentar a su pueblo indefinidamente. Hasta ahora, los créditos de Alemania e Italia le han permitido financiar la guerra. Su artillería y ametralladoras serán, quizás, un poco mejor que las de los republicanos. Su aviación es igual. Indudablemente, tiene un control dictatorial, política y militarmente, unificados todos como un solo hombre. Todavía está en la ofensiva.

Los republicanos tienen el doble de tropas que Franco, con sus veinte o treinta mil hombres de la Columna Internacional, quienes enseñaron a luchar a los milicianos. Los republicanos aseguran que ahora podrían vencer sin esa Columna Internacional. Tienen el oro del Banco de España, unos cuatrocientos millones de dólares, más de lo que tiene Franco, pero si el control de no intervención trabaja verdaderamente, no podrán comprar más municiones en el extranjero. Todavía les falta el comando unificado. Siguen en la defensiva. Ambos bandos se han atrincherado en forma tan efectiva que esta guerra se ha cristalizado, y los ataques terminan, casi siempre, ante las bocas de las ametralladoras defensoras. Al correr de la lucha, ambos bandos mejoran su habilidad guerrera, pero la ventaja del tiempo, a este respecto, favorece más a los republicanos.

Al igual que el ejército ruso que se formó en los sangrientos terrenos de la guerra civil, los españoles tam-

bién formaron su milicia Roja, la que ya ha aprendido a pelear. El ejército de Franco incomparablemente mejor al iniciarse la revuelta, está ya diezmado y carece de reservas.

Franco parecía un seguro vencedor, hasta llegar a Madrid. Todavía puede ganar:

1º.— Si Mussolini le sigue enviando más tropas.

2º.— Si toma Madrid este año, antes que la milicia republicana complete el entrenamiento de su ejército de medio millón, y antes que tenga el comando único.

3º.— Si los republicanos rompen su frente, luchando entre ellos.

Tal como se desarrolla ahora la guerra, se hace cada vez más difícil prever cómo Franco ganará en forma decisiva y dentro de un plazo previsto. Por otro lado, es imposible ver cómo podrán ganar los republicanos. Parecería haberse llegado a un punto muerto, que continuará indefinidamente hasta que uno u otro bando sucumba por quebrantamiento moral, político y militar.

Si se retirara a todos los extranjeros y se detuvieran, realmente, todos los envíos de armas a ambos bandos, los republicanos quedarían en ventaja.

A la pregunta de quién ganará en realidad, la respuesta es: nadie.

Y es que, al final de esta guerra, se habrán destruido tantas vidas, y será tal la pobreza y tanto lo perdido en vitalidad y valores humanos, que sólo podrá salir una España diezmada, empobrecida y brutalizada.

España, que recién estaba saliendo de su medioevalismo, con esta guerra civil, ha sufrido otro retroceso sólo comparable a los golpes que le asestaron la Inquisi-

ción o a la expulsión de los moros y judíos.

Si Franco gana, seguirá seguramente otra lucha entre sus medioevalistas y sus facistas, con el ejército golpeando a ambos.

En esta aparente urgencia del mundo, buscando una nueva forma de gobierno, España ha escogido el camino más doloroso, bloqueado a cada vuelta por ametralladoras que escupen la muerte por todo su territorio.

\* \*  
\* \*

La contienda civil ha sido para España el momento crítico de su realumbramiento. La historia no señala ningún precedente de una guerra civil que haya producido en un pueblo un desgarramiento tan horriblemente trágico, tan cuajado de dolor y de sangre. Esta vez, al pie de la letra, el parto de la criatura está consumándose con el rompimiento integral de los tejidos maternos y el pañal que ha de envolverla está empapado en la sangre angustiada de la matriz. Como evocadas por las potencias negras del abismo, se han desencadenado las fuerzas siniestras y satánicas de la destrucción y de la muerte. Ni la imaginación más aviesa habría podido concebir el resplandor dantesco de esta furia destructiva. La tragedia española ha lanzado sobre el mundo una centella letal que le ha sobrecogido con estremecimiento macabro. Una facción rampante, enfurecida morbosamente, echó la zarpa traidora sobre el costado del pueblo español que, como un nuevo Cristo, está sufriendo esta crucifixión aleve. Pero, cabe el suplicio, o mejor dicho, del seno mismo del suplicio, ha emergido la reserva vital, poderosa, capaz de alzarse triunfante y cerrar el paso al desbordamiento de la muerte. No habría podido medirse la potencialidad de esta fuerza que encerraba el pueblo español si no hubiese tenido que enfrentarse a una tragedia de tales proporciones. Ahora esta energía vital se ha hecho evidente y lo que es más importante, se ha despertado y ha echado a andar hacia el porvenir dentro de trayectoria insospechada por su grandeza. El valor,

el heroísmo, el sacrificio, la resistencia sobrehumana al sufrimiento, el desprecio hacia la muerte, la resolución magnánima de vencer, el amor hacia su libertad, la persistencia invulnerable de su abnegación en medio de los reveces, todos los valores humanos elevándose a su máxima potencia y encarándose a la inexorabilidad de su tragedia, han florecido en las entrañas del incendio pavoroso de España. Cualquiera que sea la suerte inmediata de las armas del pueblo español es un pueblo que se ha puesto de pie, y ninguna conspiración internacional, ni ninguna invasión extranjera serán capaces de abatir este coraje y esta voluntad de vencer que está pidiendo a voces amplias la gran epopeya de nuestros tiempos.

Desde hace quince meses, millones de hombres de todas las latitudes siguen con ansiedad apasionada las alternativas de la lucha. A cada avance o retroceso de los combatientes se sobrecoje de tristeza o se estremece de júbilo una muchedumbre nutrida de almas que moran en las cuatro aristas del mundo. Ninguna de las contiendas civiles anteriores logró embargar de modo tan universal la emoción humana. Ante la lucha española no hay resquicio para la indiferencia o para la neutralidad. En todos los climas cada hombre ha tomado su partido y ha levantado su bandera al tope del asta. Cada uno en su fuero interno se siente combatiente y responsable de la victoria o de la derrota. Primera contienda interna que logra, en grado superlativo, ser también una contienda ecuménica. El hombre contemporáneo ha comprendido, a través de la brasa vital hispánica, que se encuentra ante una suprema decisión y que no cabe enmienda posterior del sendero. El mundo será de un modo o

de otro, según la acuñación trágica de España. Diríase que el pueblo que troqueló veinte pueblos, constituidos por más de ochenta millones de hombres, y que abrió una nueva ruta y una nueva época, para la geografía y la historia del mundo, en el momento mismo que se preparaba a sumirse en un eclipse temporal, resurge ahora, en el momento mismo, también, de su nuevo alumbramiento para sacar al mundo, a costa de su sangre, de una terrible encrucijada de muerte. Cuando la razón y el buen juicio del hombre han perdido la batalla, cuando ha perdido su vigencia la armazón jurídica de la convivencia internacional y cuando la demencia de la carrera armamentista amenaza sumirnos en una etapa de barbarie y de horror, juega entonces el contrapunto vital de España, como jugara antes en el descubrimiento de América, despejando la gran incógnita del planeta.

No es una simple metáfora, sino una realidad y una verdad tan ostensible que demarcan la misión histórica de un gran pueblo, y que debe ser analizada con inteligencia penetrante, porque en ello va la comprensión justa de la suerte del hombre.

Empero, no es sólo el hombre individual, íntimo y privado, el que ha tomado partido. Lo son, también, las naciones como organizaciones o entidades políticas. Si la Guerra civil española es una contienda ecuménica de los hombres, es, igualmente, una contienda internacional de las naciones. España ha sido como una fuerza catalítica en medio del caos contemporáneo, que ha servido para cristalizar y definir las dos fuerzas oponentes del drama mundial. Es particularmente sintomático que el **Comité de no Intervención** haya sido impotente pa-

ra imponer un corselete al contagio periférico del conflicto, que haya resultado ser lo contrario de lo que se propuso: la desarticulación del derecho internacional vigente favoreciendo la impunidad de la agresión italo—germana en el territorio de una tercera potencia, con el pretexto escandaloso de combatir un determinado sistema político de gobierno y que a estas horas la tea del Mediterráneo comience a inflamarse con tensión explosiva. La tesis fascista es el desplome jurídico del mundo y a partir de hoy la soberanía de los pueblos es una palabra vana porque ya no pueden decidir por sí mismos sus contiendas en sus totales lineamientos, de los llamados frentes democrático y fascista. Las caretas teóricas se han hecho pedazos y se han fundido en los altos hornos trágicos de España. El intenso juego diplomático contra los dos ejes: París— Londres y Roma— Berlín, oscila, como una leve mota de espuma, sobre la fragua de Madrid, del Alto Aragón, o de Barcelona. El hombre honesto de todo el mundo sabe ya, con perfecta diafanidad, qué es lo que representa en este trance el facismo, qué es lo que representarán, empujados por el imperativo de la realidad, los pueblos democráticos. Esta enfilación decisiva en dos bloques poderosos de fuerzas habría sido imposible sin el sacrificio español.

Semejante pugna no puede explicarse cabalmente por el contraste de dos ideologías. Las armazones ideológicas suelen ser únicamente los pretextos y sólo alcanzan a ser poderosas cuando se insertan en ellas las potencias vitales y los intereses supremos de los pueblos y de los hombres. Cuando un hombre o un pueblo se lanza en la hoguera de una tragedia tan horripilante es por al-

go más que por una simple diferencia ideológica. Las oposiciones mentales siempre han convivido en el mundo en todas las épocas. Del lado del pueblo español están luchando los católicos vascos, los anarquistas, sindicalistas catalanes, los comunistas, socialistas, republicanos de izquierda y muchos republicanos centristas y de derecha. Un mapa abigarrado de ideologías y de creencias. El comunismo de la Tercera Internacional o del Komintern, que quiere amerilar Mussolini para justificar su agrsión, no es sino una facción mínima de la República Española. No, la simple diferencia de ideologías no explica suficientemente el conflicto español, como no explica el conflicto fundamental del mundo. De la guerra civil actual se desprende esta verdad histórica luminosa. Luchan en verdad dos posiciones o actitudes ante la vida, dos instintos antagónicos, dos clases de hombres en su totalidad biológica y espiritual, dos promociones históricas y culturales en integralidad humana, de las cuales una no puede vivir frente a la otra. Es el porvenir que irrumpe con desgarramiento sangriento ante el pasado que no quiere cederle el paso y que se estremece ante el inexorable y cercano paroxismo de la muerte.

\* \* \*

Si los hombres de todas las latitudes siguen con emocionada ansiedad el desarrollo de la contienda española, los hombres de la América Latina sufren el desgarramiento de la matriz ibérica como en su propia carne. En Buenos Aires, en México, en Lima, en Santiago, las multitudes se estremecen y vibran con la pulsación sobrecogida y trágica del pueblo hispánico.

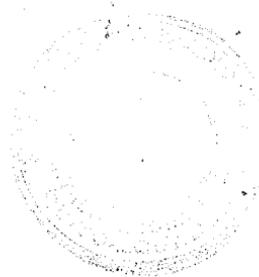
No en vano es español el léngamo étnico de la estiroe indoa-mericana, y ns en vano es española la gravitación cultural con que nos acercamos a las realidades del mundo. El cñño de España ha impreso su diapasón a nuestra alma y con esa medida comprendemos y nos acercamos a los demás, y éstos, también con ella nos miden, nos comprenden y se acercan a nuestro secreto entrañable. Hemos nacido bajo el mismo signo y el curso de nuestro destino está presidido por la misma estrella. Perteneceemos a la misma constelación cultural, aunque en nosotros por las circunstancias de nuestro alumbramiento esté impulsada a transformarse en múltiples avatares. Para los indoa-mericanos el conflicto peninsular, aparte de su significación ecuménica, cae dentro del redil doméstico y familiar. Por ello, nos compromete y nos embarga con un dolor orbital y dramático de progenie.

La tensión casi extrahumana por la intensidad de

angustia y la deflagración violenta, de este incendio goyesco hacen de la contienda española una forja de porvenir y un troquel de renacimiento para esa vieja alma hispánica que está renovándose con sacudida esquiliana. Ni los soldados, ni los intelectuales, ni los políticos están al nivel de este temblor de masa, de este hálito de pueblo, de este rugir de muchedumbre heroica que se despedaza en los campos de batalla, como nunca se despedazara pueblo alguno. Contienda sin caudillo en que los capitanes son inferiores a la palpitación que los arrastra porque es todo un orbe que toma de nuevo su puesto activo en la historia de la Tierra. A la retaguardia de ambos ejércitos quedan unos millones de seres, que en la grima de su dolor, han visto la otra cara de su alma, cegada antes, pero, que brota y resurge en el surtidor quemante de su costado abierto. Ni los espadones de los generales, ni las cábalas de los políticos, ni las teorizaciones de los intelectuales son capaces de expresar el sentido cósmico de esta cuita. Los otros pueblos nos han enseñado a ver — ¡cómo no! — muchas valías preciosas del espíritu, pero, el pueblo español nos está enseñando la valía suprema de cómo se renace, cual la Fénix legendaria, de sus cenizas; de un sueño que se nos antojaba eterno.

No es un golpe arbitrario del azar que esta desgarradura, este vuelo patético de Iberia, coincida con la pugna, la agitación y el despertamiento de los pueblos hispánicos de América. Obedece, ciertamente, a una rotación cíclica que reinicia la ronda vital de una proge humana. Cuando el personaje de un drama universal calza el coturno de la Tragedia en la escena, suele lan-

zarse en el abismo de la muerte con tal resolución, que sólo puede medirse por la magnitud del renacimiento. El tamaño de la caída nos anticipa la altura del ascenso. Así España, y así América, gajos de una cepa milenaria, que en el siglo XVI se abriera hacia el futuro de la tierra.



\* \* \*

Varias informaciones, una de las cuales por lo menos era muy seria, anunciaron recientemente que Italia y Alemania reforzarían sensiblemente sus fuerzas aéreas destacadas en España.

¿Este refuerzo es real? Probablemente, sí. Desde el comienzo de la guerra civil hasta hoy, las fuerzas aéreas expedicionarias de ambos países no han dejado un solo instante de crecer en importancia numérica. Por otra parte, el fin perseguido por ellas no ha sido aún conseguido y necesita más poderosos medios para alcanzarse.

La intervención de Italia es bien conocida. La intervención de Alemania lo es mucho menos. Desde hace varios meses, Alemania finge tener cada vez menos interés en los asuntos españoles. La realidad es bien distinta.

La intervención germánica, que se efectúa sobre todo con fuerzas aéreas y anteaéreas, no busca, como se cree generalmente, un simple campo de ensayo guerrero para sus materiales.

Es una intervención en masa. La intervención de un pequeño ejército del aire, organizado en sus menores detalles, que actúa después de los acuerdos de Londres y a pesar de ellos, violando por tanto, clara y netamente, dichos acuerdos.

Sus procedimientos son inhumanos. Todos aquellos que ponen los sentimientos de humanidad por encima de las naciones y de las ideologías, debían considerarlas como odiosos.

Poderosa lo es hasta el punto que fué realmente ella quien dió ayer a Franco todos sus éxitos en el Norte. Esa potencia es inquietante para mañana.

Los aviadores gubernamentales saben que su lucha aérea no es contra una aviación española, sino contra una aviación alemana e italiana. Los aviadores españoles del ejército rebelde están replegados en los Estados Mayores, en los servicios de vanguardia y retaguardia y en algunas escuadrillas equipadas con los aparatos más viejos y deteriorados, que les ceden los aviadores alemanes e italianos. En síntesis, los aviadores gubernamentales luchan contra sus adversarios extranjeros con el mismo ardor con que luchaban los aviadores franceses en 1918, contra un enemigo a menudo calificado de hereditario.

Sus opiniones sobre la nacionalidad de los aviadores en lucha está basada en abundantes informaciones respetables, especialmente las declaraciones de los aviadores prisioneros. Más aún, en las jornadas decisivas de las operaciones de Brunete y Belchite, en agosto y setiembre, en momentos en que hubo en el aire hasta doscientos y doscientos cincuenta aviones, veintisiete aparatos rebeldes en el primer caso, y veintidós en el segundo, fueron derribados en las líneas gubernamentales. Y se comprobó que todos los ocupantes eran alemanes e italianos. En un aparato había un observador español ¡Esto era todo! Estos son hechos sin duda edificantes.

Las fuerzas italianas— y más aún las fuerzas alemanas—, aéreas y anteaéreas, forman un total autónomo y completo donde todo es alemán, desde el general hasta el simple soldado, los Estados Mayores, las formaciones y los servicios. Cada una tiene su zona de acción: el Norte, por ejemplo, ha sido el teatro de acción exclusivo de la aviación alemana, en las operaciones con-

tra Bilbao, Santander y Gijón.

En este ejército del aire alemán hay, ciertamente, un grupo de experimentación, **que ensaya los nuevos materiales sobre los indígenas españoles o sobre sus bienes**

Un hecho actual viene a comprobar que Alemania ha continuado su intervención con posterioridad a los acuerdos de Londres y que la continúa todavía. El 5 de diciembre, unos veinte aviones—, trimotores Junkers— efectuaron un bombardeo escoltados por una veintena de aviones de caza ultra rápidos (400 kilómetros por hora) del tipo Messerschmitt, el avión de caza alemán más moderno, **puesto en servicio este año**. Tres de estos aviones fueron derribados por los gubernamentales y los aviadores prisioneros han confirmado que la llegada de estos aparatos **comenzó en verano y continúan llegando actualmente**. Yo puedo garantizar la autenticidad de este hecho y de los informes citados.

\* \* \*

Es esta aviación alemana quien, mucho más que la italiana, es culpable de las hecatombes en la población civil de pueblos y ciudades entre el frente de Aragón y el de Madrid y el de la costa mediterránea, especialmente en Reus, Tarragona, Barcelona, Tarancón y Lérida. En esta última ciudad, una bomba que cayó en una escuela, hace muy poco tiempo, mató cincuenta niños. En las operaciones del Norte de España, cuando la población civil enloquecida, afluye y se aglomera peligrosa más fatalmente en las grandes ciudades y pueblos de la costa: Bilbao, Santander, Gijón, los aviones alemanes los perseguían con el fuego de sus ametralladoras, por las carreteras y los caminos, bombardeando todos los grupos. Estos bombardeos se efectuaban a media y a baja altitud, de lo que se desprende que el bombardeo de la población civil no se debe al azar. Cuántas veces, sin embargo, no se ha sostenido en Francia que, en caso de conflicto, Alemania no se atrevería a atacar a las poblaciones indefensas, por miedo a la reprobación universal. Y Alemania ha hecho ya un número considerable de víctimas en un país donde se comprometió por su honor a no intervenir, donde aún pretende no intervenir.....

El carácter a la vez desleal y odioso de esta intervención se ve más claramente en el cuadro completo de las operaciones del Norte de España, al mismo tiempo que puede comprobarse su potencia.

\* \* \*

Mussolini ha querido hacer creer a su pueblo, su-  
biendo a las tablas para vocearlo al mundo, que las di-  
visiones italianas se han cubierto de gloria en estos asun-  
tos. Pero la verdad es que su papel ha sido bien me-  
diocre. Es la aviación alemana quien conquistó la Espa-  
ña del Norte. Las divisiones italianas y las divisiones  
españolas de Franco no han hecho más que ocuparlas.

Esto lo afirma un coronel de infantería que man-  
daba una brigada primero y una división después, en a-  
quella zona. Sus afirmaciones las confirman el antiguo Je-  
fe de Estado Mayor y el antiguo Comandante de la a-  
viación del Ejército Gubernamental del Norte.

De haber tenido igualdad de aviación, dicen, no ca-  
be duda que hubiese resistido, a pesar de que sus fuer-  
zas estaban compuestas por tropas improvisadas, sin ins-  
trucción militar, entre los veinte y los cuarenta años; a  
pesar de que sus organizaciones defensivas carecían de  
continuidad, a pesar de que la artillería adversa fuese  
más numerosa, de mejor calidad y mejor aprovisionada  
en municiones. Ningún ataque importante fué prepara-  
do por la artillería. Sola no hubiese podido hacer nada.  
Es la aviación sobre todo quien preparaba los ataques.  
Ella produjo en las líneas de defensa, efectos morales y  
materiales enormes.

“Yo he visto, decía el coronel citado, dos compañías enteras totalmente destruidas por las bombas de aviación. Estos efectos sobrepasan todo lo que pueden imaginar los grandes jefes militares de todos los países. No existían verdaderamente ataques de infantería. Después de varios días de ataques aéreos, y cuando los ocupantes de las primeras líneas estaban aniquilados, la infantería tomaba posesión del terreno.

«Una invasión exclusivamente alemana era quien cumplía este macabro trabajo. Lo afirmo con el hecho comprobado de los informes de los prisioneros y por los 30 o 40 aviones derribados en nuestras líneas en la España del Norte y cuyos tripulantes eran todos alemanes».

Quién así me hablaba me daba la impresión de volver del otro mundo, tan infernales eran las visiones que evocaba su relato, tan sereno y desapasionado era su decir, ponderado su tono y seguro de sus aserciones:

Por la acción metódica, continua, poderosa y bárbara de sus fuerzas aéreas, es Alemania quien ha jugado el principal papel en España desde la primavera.

Sin duda que la situación será diferente en las operaciones que van a tener lugar en el frente oriental. Pero los hechos citados hacen pensar que Italia y Alemania procederán a reforzar sus fuerzas aéreas en forma que les permita emplear la misma táctica empleada en el Norte de España, tanto contra los frentes que contra la retaguardia. En este caso la humanidad no-intervencionista asistirá a un espectáculo tan desleal, odioso y lamentable, que significaría para Europa una verdadera catástrofe moral.

\* \* \*

Muchos franceses no se emocionarán con los hechos, sin embargo indignantes que cito. Dirán tal vez, como lo han dicho ciertos oradores muy mal informados, en estos días en la Cámara, que los gubernamentales han recibido 450 aviones franceses y que tienen a su servicio una aviación rusa y francesa.

En verdad, la aviación gubernamental numéricamente muy inferior, pero muy superior en calidad a la aviación rebelde, está compuesta exclusivamente por materiales aéreos rusos en sus formaciones de combate. Pero a España no llega actualmente, a la España gubernamental digo, ningún material aéreo de combate, extranjero. Aviones, motores y accesorios, son fabricados en España, por españoles. Toda la aviación española gubernamental es española, salvo tal vez un número insignificante de pilotos. Y esto puede afirmarse de la manera más rotunda.

\* \* \*

De un lado españoles, del otro alemanes e italianos. Tal es el cuadro que presenta la guerra de España en el aire. Tal es en verdad el resultado de la no intervención. No-intervención que es en realidad un no-intervenir en perjuicio de una parte.

Suceda lo que suceda con la intervención o la no-intervención, el error sería no sacar de la guerra española las enseñanzas que nos brinda, a nosotros los franceses, y las lecciones y advertencias que nos brinda para la conservación de nuestra propia seguridad.

Informado como lo estoy grito muy fuertemente, lamentando que mi voz no sea más poderosa, que todo lo que concierne a nuestra fuerza aérea debe ser considerado seriamente, del modo más realista posible, independiente de toda incidencia política; y que por otra parte es bien imprudente que Francia no tenga la voluntad firme, resuelta, a pesar de todos los obstáculos, de tener **inmediatamente**, tomando para ello las medidas más enérgicas, confiando su ejecución a hombres experimentados, un ejército del aire, tan poderoso por su número y calidad, como el de Alemania.

\* \* \*

Y para terminar, hablemos de Madrid, de sus mejores días de heroicidad y de gloria.

Del 7 de noviembre— fecha histórica en los anales de la guerra actual en la que, a la sombra de una noche trágica, el ejército de Franco dió su primer aldabonazo en la puerta de Madrid—al 1º de mayo, día en que crucé por última vez, las proximidades de la línea de fuego del Jarama para poder alcanzar un tren en Alcázar que me trasladase a Valencia, han sido seis meses vividos en ese gran frente de batalla que es Madrid. El todo Madrid comprendido desde el aristocrático barrio de Salamanca a los arrabales pintorescos y castizos Lavapiés y el Puente de Toledo, así como el hostel, de la «busca» en la Almenara de Tetuán de las Victorias y en el mismísimo corazón de la ciudad, en la modernísima Gran Vía, cinelandia matritense que acaba de nacer a la vida moderna con sus “rascacielos” de gran urbe.

Puede decirse sin hipérbole que la noche del 7 de noviembre Madrid no durmió. Por la mañana de ese día, un Tabor de regulares de Ceuta que iba a la vanguardia del ejército de Franco, llegó en “paseo militar” hasta las proximidades del puente de Toledo. Se detuvo ante el Parador, que está situado frente a la Pradera de San Isidro, y los jefes de estas fuerzas hicieron allí un alto en el camino. En su avance por la carretera de Caraban-

chel hacia Madrid no fueron molestados por nadie. Únicamente al llegar al lugar citado, unos muchachos les hicieron unos disparos de pistola desde una ventana del viejo Matadero. Los moros sonrieron y no contestaron a la inocente agresión. El Parador o Posada donde descansaron los jefes rebeldes, es uno de los rincones más típicos del viejo Madrid. Cuando la invasión napoleónica, acamparon allí los soldados franceses y años más tarde, de ese mismo Parador, sacaron dentro de un carro el cuerpo enfermo y mal trecho del pobre general Riego para conducirlo a la cárcel de la villa, desde la cual las hordas absolutistas, al grito de «Vivan las cadenas,» habían de conducirlo al suplicio.

En esa Posada y en ese mismo patio se reunieron ahora para descansar unas horas los jefes de la caballería mora, bien ajenos, de fijo, a que las piedras aquellas marcarían su último paso.

La noticia de la proximidad del enemigo y la presencia de los moros en la misma puerta de Madrid, corrió por la ciudad como un reguero de pólvora, pero la ciudad no perdió su aspecto.

Yo no puedo decir que no había nerviosismo en los centros oficiales. Lo había y en grado superlativo. No dejaban de sonar los teléfonos de todos los ministerios y de todas las dependencias del Estado y de todos los periódicos, pero en la calle la normalidad era completa. Funcionaban los tranvías, circulaba el "metro" y se trabajaba en toda fábrica, en todo taller y en toda obra. La gente recibía la noticia con una tranquilidad admirable. No daba importancia al hecho y todos afirmaban con una gran seguridad: «De ahí no pasarán....»

Han transcurrido seis meses y, en efecto, no han pasado.

El Tabor de Regulares de Ceuta no se había movido de su posición, en espera sin duda del amanecer, para reanudar su avance. Todos los afiliados a partidos, sociedades o sindicatos, fueron movilizados o hicieron guardia en sus respectivos locales. Ante la gravedad del momento pasaron la noche haciendo un recuento de armas. De pistolas se estaba bien. Cuchillos y navajas había asimismo bastantes. Se almacenaron algunas botellas de gasolina para emplearlas también como armas. Lo único que faltaba eran cañones y fusiles y ametralladoras y tanques y aeroplanos, es decir todo lo que poseía con irritante abundancia el ejército de Franco y su vanguardia mandada por Yagüe.....

Así amanecía el 8 de noviembre. Las primeras claridades del día entraban en el salón central del Ministerio de la Guerra desierto aquella hora y la noche antes llena de milirares. Únicamente un anciano de recia figura permanecía allí envuelto su cuerpo en un capote y tocada su cabeza con un gorro de cuartel. Ante una mesa examinaba atentamente un plano. Era el general don José Miaja a quien el gobierno, por mediación de su ministro de la Guerra, había ordenado la defensa de Madrid.....

Amanece el 8 de noviembre en la situación gravísima para Madrid de tener al enemigo a sus puertas y esperar su avance de un momento a otro. Continúa el tabor de regulares de Ceuta, vanguardia de las fuerzas que manda Yagüe, estacionado a pocos metros del Puente de Toledo. Los vecinos de aquella barriada, desde las azoteas y terrados, observan a simple vista como se

quiebran los rayos de sol del otoño madrileño en la policromía de colores de la caballería mora. No obstante, la ciudad sigue su vida normal. La despreocupación pública es admirable y la moral de las gentes, única. Siguen circulando por las calles autos y tranvías. De éstos, una de sus líneas, que se extiende precisamente a unos diez metros de distancia de donde está el enemigo, no interrumpe su circulación hasta las nueve de la mañana, hora en que se recibe un aviso de Guera, de prohibir todo el tránsito, rodado por aquellas cercanías. La medida arranca una frase graciosa a una vendedora del mercado de la Cebada, que comentando el hecho, dice:

—Si nos descuidamos, los moritos suben en tranvía a la Puerta del Sol.....

Se trabajó en aquellas horas en todas las fábricas y todos los talleres.

Los empleados públicos acuden como a diario a sus oficinas y despachos. El comercio abre sus puertas y los mercados, en los que todavía hay víveres en abundancia, presentan su aspecto cotidiano. Nadie piensa que el frente de guerra está ya en Madrid y que de un momento a otro va a comenzar el drama. La ciudad adquiere una vez más, y ahora con acusado relieve, su título de "alegre y confiada". Por las calles, en las casas y bares se oyen con frecuencia diálogos como éste:

—¿Qué hay, Juan? Ya los tenemos en casa....?

—Eso dicen. Luego iré a verlos.

—A lo mejor vienen ellos.....

—¡Qué te crees tú eso! En esta tierra hace mucho frío para los moros. Además, que ya oírías, anoche por la radio, a la Pasionaria. ¡No pasarán y no pasarán!

\* \* \*

Con un salvo conducto de Guerra cogí un auto y desde la redacción del «Heraldo» luego de recorrer Madrid para observar su aspecto, me dirigí al frente de los Carabancheles. Los milicianos habían establecido ya un cordón de vigilancia y no dejaban pasar al público de la Puerta de Toledo para abajo. Me aconsejaron que dejase allí el coche, porque podía ofrecer blanco y en unión de un teniente de milicias me dirigí a la primera línea de parapetos de defensa. Pude observar que lo de «defensa» era puro optimismo. Se trataba, simplemente, de unas modestísimas barricadas formadas con unas piedras y unos sacos terreros. En caso de avance del enemigo hubiera sido un juego para él pulverizarlas.

Allí no había más parapetos que los pechos de los milicianos decididos a sacrificar sus vidas. Con unos gemelos pude ver perfectamente todos los movimientos del enemigo. La mayoría de los moros no se movían. Sentados en grupos de cuatro o cinco recibían la caricia del sol y observaban con ojos graves la ciudad que se extendía frente a ellos. Lo pardo de las chilabas se confundía con el terreno. Un oficial español seguido de un morito que llevaba un caballo sujeto por la brida pasó por entre los grupos. En el centro de aquel improvisado campamento se elevaba a lo alto una débil columna de humo.

—Vea Ud.— me dijo el teniente de milicia— están

preparando el rancho. Quieren tomar fuerzas para el ataque.....

Abandonamos nuestro punto de mira y desde el parapeto nos dirigimos a la retaguardia donde observé movimiento de fuerzas. Acababa de llegar la brigada de choque que mandaba "El Campesino". Estas fuerzas la constituían unos trescientos hombres, la mayoría de ellos rudos labriegos reclutados en los pueblos cercanos a Madrid. No todos llevaban fusiles

"El Campesino" con otros jefes de milicias que allí había celebró una pequeña conferencia. Según me enteré se trató en ella de esperar la llegada de armas para comenzar el ataque, pero pasaron dos horas largas y las armas no llegaron. Las avanzadillas anunciaron entonces que se observaba cierto movimiento en el campamento moro. Nadie se movió de su sitio. Yo confieso que sentí miedo. Dirigí una mirada al coche que no lejos de allí me esperaba y experimenté el deseo urgente de trasladarme a la Puerta del Sol. Unos gritos me hicieron olvidar momentáneamente mi situación. ¡Llegaban las armas! Por el Paseo Imperial bajaban con dirección a nosotros dos camiones

Pronto se procedió a su descarga y la decepción se apoderó de todos. Su cargamento consistía en tres ametralladoras, cien fusiles mejicanos, un cajón de bombas de mano y varias marmitas con el rancho de la tropa. Fueron emplazadas las tres ametralladoras en lugares estratégicos de la avanzadilla y se procedió a la distribución de los fusiles. Estos tenían el grave inconveniente de que al tercer tiro que se disparaba se calentaba el cañón de tal forma que no había quien lo sostu-

viera en la mano. Además, municiones llegaron muy pocas. Las bombas de mano eran setenta y fueron también distribuidas entre los dinamiteros.

«El Campesino» calmó un poco la impaciencia de su gente prometiéndole que en plazo breve llegarían más armas.

—¿Pero, y los tanques?— decían algunos soldados —¿Y los aeroplanos?..... ¿No había cuatro aeroplanos?....

Como ya se habían recibido «armas», los jefes allí reunidos decidieron no esperar el avance moro, sino que las tropas de gobierno comenzasen el ataque.

La noticia entusiasmó a los milicianos.

—Eso está muy bien.— decían — El que da primero da dos veces.....

Yo recibí el mandato de retirarme a bastante distancia de allí. Me subí a la terraza de una fábrica cercana que me ofrecía un magnífico golpe de vista. Como en un escenario veía a mis pies todo el teatro de las operaciones. El campamento moro, las avanzadillas gubernistas y la retaguardia de las milicias republicanas.

A los pocos momentos comenzó la acción. Se escuchó primero una explosión de dinamita bastante intensa y acto seguido el tableteo de las tres máquinas de guerra. Seguidamente ví saltar de los parapetos a los setenta dinamiteros y avanzar a pecho descubierto agitando cada uno su bomba de mano y dando grandes gritos. El momento por lo inesperado, fue de una confusión espantosa. Los setenta hombres cayeron dentro del Parador, donde se hallaba la fuerza mora en su mayor parte.

El revuelo que ahí se originó hizo que el enemigo

sólo pensase en huír, y a los pocos momentos, carretera de Carabanchel arriba, en vertiginosa carrera, flameando al viento las chilabas y las crines de los potros, el primer Tabor de Regulares de Ceuta desaparecía de nuestra vista. No disparó sobre las fuerzas gubernistas ni un solo tiro. Su sorpresa fué tan grande que sólo pensó en la huída loca y desenfrenada. Una vez más la audacia triunfaba en la guerra.

La brigada de "El Campesino" ocupó el Parador. Se recogieron veinte muertos y se hicieron tres prisioneros y los milicianos, locos por el triunfo, lloraban de alegría y daban vivas a la República.

La noticia corrió por Madrid con velocidad de vértigo. La gente en la calle se abrazaba y la "victoria" la conceptuaban los buenos madrileños tan rápida como total —¡Ya los hemos echado . . . . ! ¡Ya están fuera de Madrid . . . . ! ¡Viva la República!

Se ansiaba conocer detalles de la "operación" y los periódicos publicaron aquel día grandes titulares dando cuenta de la «ofensiva» de las tropas del gobierno legal . . . . .

A las tres de la tarde esta alegría popular se vio un poco turbada por la presencia de los aeroplanos enemigos. Cinco aparatos trimotores de bombardeo y cinco "cazas" protegiéndoles comenzaron a surcar lentamente el cielo de Madrid. Al principio se limitaron a dar unos paseos de reconocimiento. Luego volaron a escasa altura y momentos después comenzaron a arrojar su mortífera carga. Fué el primer bombardeo serio que sufrió Madrid.

Cayeron bombas en Cuatro Caminos, distritos de

Inclusa y Latina y en algunas calles del centro de la ciudad. En las Casas de Socorro comenzaron a ingresar las primeras víctimas destrozadas por la metralla. La mayoría de ellas mujeres y pobres niños que se hallaban jugando en las calles y plazas.

En aquella hora comenzaba el drama para Madrid y aquella tarde fué el prólogo de su martirologio. La ciudad que hasta ahora había reído supo de sus primeras lágrimas.....

\* \* \*

Aquellos días que sucedieron a las fechas siete y ocho de noviembre fueron de zozobra y de preocupación. Claro está que la preocupación sólo existía en los centros oficiales y especialmente en el Departamento de Guerra, donde se conocía con detalle la verdadera situación del Ejército Republicano encargado de la defensa de Madrid. Y la situación no podía ser más precaria. Carecía casi en su totalidad de armamento, ninguna de sus unidades estaba dotada de aquellos medios de defensa precisos para la lucha y las promesas hechas por el Gobierno de una dotación completa y rápida de elementos de combate no acababa nunca de ser una realidad. Por otra parte, se carecía de un mando único que encauzase la situación y la diversidad de órdenes emanadas de diferentes lugares no servían para otra cosa que para sembrar la confusión y rebajar la disciplina. Los momentos, por todas estas causas, no podían ser más graves. La prensa, sin distinción de matices, no dejaba de aconsejar un día y otro la creación del ansiado mando único y la unión de todos los proletarios sin ideologías de partido. La única nota de sano optimismo que recibíamos todos en aquellas horas decisivas, era observar el espíritu de Madrid. La ciudad en todos sus aspectos daba una sensación de tranquilidad y de normalidad admirable.

bles. Las calles se veían concurridísimas y funcionaban todos los teatros y cines durante la tarde. Nadie podía creer que la capital estaba en estado de guerra y que un ejército poderoso y fuerte la cercaba por momentos y la amenazaba constantemente. El ataque por sorpresa a los moros y la huida del Tabor de regulares de Ceuta, constituyó una inyección de confianza para las gentes que creyeron alejado ya todo peligro. Constantemente se repetía el «no pasarán» con arraigada fe y entusiasmo pero para los que habíamos visto de cerca las cosas y las estábamos viendo, nos parecía un sueño y aún nos lo parece que no hubieran “pasado” en la madrugada del 7 al 8 de noviembre.

Por la noche cambiaba el aspecto de la ciudad y la decoración era bien distinta. Se recibía entonces la sensación de guerra. A las siete de la tarde, quedaba cerrado en absoluto todo el comercio y a las nueve los tranvías no circulaban. La escasez de carbón por una parte y el temor a los bombardeos, obligaban a envolver a la ciudad en tinieblas. Allí no se encendía un farol y los vecinos se veían obligados a que la luz de sus habitaciones no saliera a la calle. Estas aparecían desiertas y únicamente patrullas de milicianos con linternas recorrían la población. Cerraban sus ediciones los periódicos a las cuatro de la tarde, pues su venta estaba limitada hasta las seis y media. Pasada esta hora, Madrid era una ciudad muerta. Yo recorrí sus calles una noche provisto de un salvoconducto y en un auto de guerra y la sensación de pena y de angustia que recibí no se me olvidará nunca. El pueblo que nunca había dormido, la ciudad de Europa que hacía más vida de noche, se veía

obligada ahora, por la guerra, a recluirse en las casas en la caída de la tarde.....

Aquellas horas no podían ser más tristes ni más amargas.

Es entonces cuando se ve la figura del general D. José Miaja.

El defensor de Madrid era poco conocido en los medios populares. Hombre modestísimo hizo toda su campaña en Africa hasta que el gobierno de Azaña lo trae a Madrid y probada su lealtad para la República, le confía su cargo en la Primera División.

En la mañana del día 9, fui a visitarle a Guerra. Me recibió unos momentos y luego me pude enterar en el propio ministerio de un hecho que aún no está del todo aclarado pero que produjo algún revuelo en dicha dependencia.

Al marchar el gobierno a Valencia, dejó escrita una carta al general Miaja en la que, a modo de «pliego oficial», se le daba cuenta de los acuerdos del Consejo de Ministros de trasladar la residencia a Levante, de confiarle la defensa de Madrid en unión del general Pozas y de ordenarle la constitución de una Junta de Defensa de la capital. En el pliego se le hacía, asimismo, una exposición detallada del número, de las fuerzas adictas que había en Madrid y de las dotaciones con que contaban y de aquellos sectores del frente en los que era necesario reforzar las tropas por considerarlos de mayor peligro y de los otros en los que por el contrario había fuerza suficiente para resistir cualquier embestida de los rebeldes.

Quiso el general comprobar por sí mismo la auten-

tividad de estas revelaciones y aquella misma mañana, según me enteré, en unión de un ayudante y sin previo aviso, recorrió con su coche todos los frentes de la capital.

Y cuentan que su sorpresa, su indignación y su estupefacción no tuvieron límites cuando pudo comprobar que todos aquellos informes del pliego eran falsos o estaban cambiados casi en su totalidad... ¿Traición?... ¿Equivocación simplemente?... ¿Mala fe en el informe? Aun no se ha podido averiguar, pero el hecho se comentó ampliamente, produjo bastante revuelo y arrastró algunas sustituciones del Gabinete Técnico del Ministerio de la Guerra.

A partir de este momento y aunque siempre obediendo las órdenes superiores del Ministro de la Guerra, el general Miaja ya obró por su cuenta, por su riesgo y por su responsabilidad.

El día 10 se recibió en los periódicos un comunicado del general, citando a los periodistas a la una de la tarde en su despacho. Acudimos todos y el defensor de Madrid muy amablemente felicitó a la prensa por su comportamiento, expresó su optimismo en el triunfo y dió cuenta de que acababa de constituir la Junta de Defensa de la capital que en aquellos momentos estaba reunida en su despacho

Integraban dicha junta un representante de cada partido y estaba formada por diez componentes que tenían a su cargo los diferentes servicios de la ciudad, tanto en los frentes como en la retaguardia. El delegado de Propaganda y Prensa era un Sr. Carreño España, que gentilmente se puso a nuestra disposición y nos prometió toda clase de facilidades para nuestras tareas infor-

mativas. Se nos hizo entrega de una nueva placa de prensa en la que aparecía en relieve el escudo de Madrid dentro de la estrella de las cinco puntas. También nos fueron entregando los respectivos salvoconductos para hacer información en los frentes.

La Junta asumía su responsabilidad en la organización y desarrollo de todos los servicios de la capital y por su actuación quedaban virtualmente suspendidos todos los organismos del Estado y de la provincia.

El delegado del orden público "camarada" Carrillo, nos expuso todas las medidas que pensaba tomar para el afianzamiento de la tranquilidad y el orden en la retaguardia y el delegado de Abastecimientos nos explicó la situación de los mercados de Madrid en los que ya empezaba a notarse alguna escasez en determinados artículos de primera necesidad, como la carne, las patatas y la leche. Según dicho delegado, la escasez era debida principalmente a la falta de medios de transportes; pues estando cortada la línea férrea en Aranjuez, toda la mercancía tenía que entrar en la capital por la carretera de Valencia y por medio de camiones.

Nos dieron la noticia de que había firmado aquel mismo día un convenio por medio del cual una poderosa casa francesa se comprometía a poner en España, en una semana, varios cientos de camionetas.

Salimos del ministerio muy bien impresionados, pues vimos a la Junta de Defensa animada de los mejores deseos y por otra parte el optimismo del general Miaja, su ciega confianza en el triunfo y su dinamismo y acometividad, pese a sus años, nos hicieron olvidar la realidad amarga de los frentes de combate.

Mientras tanto, ¿qué hacía el enemigo? Muy pronto lo vamos a ver. Llegué al periódico aquella mañana y transmití a mis compañeros las gratas impresiones que traía del ministerio, mi conversación con el general y los diálogos sostenidos con los diferentes miembros de la Junta de Defensa.

Dé ella se escribió en el periódico un cálido elogio, se publicaron los retratos de todos los delegados y se aconsejó a todo el pueblo de Madrid que acatara con todo respeto y disciplina sus decisiones. Este suelto coincidió en su esencia con un Bando que a las pocas horas mandaba fijar el general Miaja, dando cuenta al pueblo de la creación de la Junta, exponiéndole la gravedad del momento, pero expresando su confianza en la elevada moral de Madrid, que llevaría a las armas republicanas a un triunfo total y rápido sobre los rebeldes.

El bando fue muy bien acogido por el público y pronto se formó una pequeña manifestación que llegó frente a los balcones del Ministerio de la guerra y con sus vítores obligó al general a saludar repetidas veces al pueblo...

A las cuatro de la tarde y cuando ya estaba a punto de cerrarse la edición del periódico, sonó imperiosamente uno de los teléfonos de la redacción. Un compañero, de los que habían ido a hacer información al frente, solicitaba en el aparato la presencia del redactor jefe. La noticia fue breve. Cuando los que estábamos allí preguntamos con la natural ansiedad de qué se trataba, el redactor jefe después de meditar unos momentos, nos contestó:

—No. Nada.... Las fuerzas rebeldes con desta-

camentos moros que han cruzado el Manzanares y están entrando en la Casa de Campo...

Aquella noticia causó en la redacción del «Heraldo» el efecto terrible que es de suponer, aunque en honor de la verdad, debo hacer constar que la serenidad no la perdió ninguno. Se trataba de un puñado de hombres que al permanecer en Madrid, al frente del periódico, ya sabían la suerte que les esperaba, caso de vencer los rebeldes, y aceptaban aquella responsabilidad con entera satisfacción. Lo mismo el director accidental Alfredo Cabanilla—Fontdevilla se hallaba por aquellos días en Barcelona en cumplimiento de una misión especial—, que el redactor jefe Carlos Rodríguez recogieron la nueva con preocupación, pero sin temores y supieron dar ánimos a todos para seguir nuestras tareas periodísticas y hacer frente a la situación fuese como fuese. Celebramos una pequeña reunión para tratar del caso de nuestros familiares y resolvimos evacuar nuestras respectivas familias a diferentes pueblecitos de Levante.

Así se hizo. En realidad no había ningún derecho a sacrificar a nuestras mujeres y a nuestros hijos en la cruel contienda que acababa de empezar. Al quedarnos solos en Madrid, vacíos nuestros hogares, renació por completo nuestra tranquilidad y nos entregamos con todo ardor al trabajo. Bien es cierto que nos faltaba el calor de los nuestros, las caricias de los pequeñuelos y la solicitud amante de nuestras esposas, pero este sentimentalismo se cotrarrestaba con creces al pensar que ellos estaban libres de todo peligro.

En las mañanas de aquellos días— mediados de noviembre— visité uno por uno aquellos frentes que ro-

deaban Madrid, casi por completo. No se podía negar el avance considerable que había realizado el enemigo. Lo asombroso era que aquel ejército de Franco dotado de todos los medios de combate, integradas sus vanguardias por las más aguerridas fuerzas de choque, precedidas las tropas por soldados de Africa, capitaneados por la terrorífica Legión del Tercio de Extranjeros y por los Tabores y "mias" marroquíes, no hubiera seguido andando y prefiera detenerse días tras días en los umbrales de las puertas de la ciudad.

Después de las débiles acciones de Maqueda, Talavera y Santa Olalla; después del pequeño contratiempo que sufriera al cruzar los saltos del Alberche, puede decirse que aquel formidable Cuerpo de Ejército, aquella división reforzada había avanzado sobre Madrid sin disparar un tiro en simple "paseo militar". Su táctica de avance que salió de Santa Olalla y llegó hasta Madrid consistía en ir los soldados precedidos de la aviación: bombardear un pueblo, esperar que huyese el vecindario y ocuparlo entonces. Se fusilaba a los izquierdistas más o menos significados, se ponían dos parejas de la Guardia Civil y un cura, en la aldea que no lo tuviese, y seguía el avance.

De esta forma llegaron hasta la capital de España.

Al ocupar Valdemore y Pinto, las afueras de Algodor y las alturas de la estación de Seseña quedó interrumpida en absoluto la circulación ferroviaria por la línea Sur de Madrid.

Estaba roto el camino de hierro que nos unía con Levante, con la Mancha y Andalucía y desde aquel momento también perdimos la comunicación con Cataluña,

que hasta entonces se venía haciendo a través de Valencia. Esta fecha señaló la etapa inicial del hambre en Madrid.

El último tren que pasó fué un militar, de mercancías, compuesto de numerosas unidades y abarrotado de armas y municiones procedentes de Cartagena.

Su paso por las proximidades de Madrid y ya cerca de la capital tuvo caracteres de heroísmo. Fue lo siguiente. Al funcionar el espionaje alguien avisó a los rebeldes de la salida de este tren para Madrid y de la necesidad de detener su paso por ir repleto de material de guerra moderno. La aviación enemiga se encargó de esta misión y cuatro aparatos de bombardeo protegidos por otros cuatro de caza esperaban el paso del convoy en los alrededores de Aranjuez. Ya bien entrado el día, apareció el tren que, a pesar de llevar dos máquinas, avanzaba con alguna lentitud por el enorme peso que arrastraba. Era una mañana espléndida de sol y sin la más ligera nubecilla en el cielo.

Los aparatos enemigos comenzaron su vuelo y pronto lanzaron sobre el objetivo varias bombas. No le alcanzó ninguna, pero los maquinistas que le conducían, dándose cuenta del enorme peligro por que pasaban, idearon una estratagema que les salió bien. Pusiéronse de acuerdo. Pararon el convoy, a pesar de las bombas que caían a su alrededor, y desprendiendo una de las máquinas la lanzaron sola, vía adelante, sin vagón alguno detrás. El tren quedó allí detenido y los aviadores rebeldes, en la creencia de que su objetivo estaba conseguido se alejaron a sus bases.

Entonces, lentamente, empujados por una sola má-

quina a cola, el convoy siguió su paso de tortuga para Madrid. No daba la sensación que andaba. Invirtió en el recorrido más de seis horas y a las cinco de la tarde entraba en Madrid entre los vítores de cientos de obreros ferroviarios que, enterados de la aventura por el conductor de la máquina primera, esperaban con emoción su llegada. Esta emoción fue en aumento al saber que el maquinista que había traído el tren venía herido de gravedad y que, a pesar de la sangre que perdía por momentos, no había abandonado su puesto en un sólo instante. Transportado al Gabinete Médico de la estación, falleció a las pocas horas, y a causa de la hemorragia intensa que había sufrido.

Al cadáver se le hicieron honores militares y aquel modestísimo ferroviario que se llamaba Anselmo Ortiz Cifuentes y estaba afiliado al Partido Socialista, fue uno de tantos héroes de esta guerra.

Su tren fue el último que llegó a Madrid, pero ya supo lo que hacía. Sin su gesto heroico todo aquel preciado material de Guerra— sagrado pan para la lucha— no hubiera llegado y horas después no se hubieran podido contrarrestar ataques del enemigo. Dió su vida por la defensa de la ciudad.

\* \* \*

En mis excursiones cotidianas a los frentes de combate, pude comprobar de cerca las filtraciones que los rebeldes habían llevado a cabo en las afueras de Madrid.

El cauce del río Manzanares por tres distintos lugares les permitió conquistar mucho terreno y el logro de excelentes posiciones. En la Casa de Campo ocuparon el monte Garabitas y sobrepasaron el Lago.

En la Moncloa fortificaron el Asilo de Santa Cristina y el Instituto Nubio y en la Ciudad Universitaria plantaron sus reales en la Escuela de Arquitectura y el Hospital Clínico. Al mismo tiempo otra fuerte columna ocupaba los Carabancheles y otra el Barrio de Usera.

Con estas operaciones queda Madrid cercado y bloqueado casi por completo en un cinturón de tropas que se extendía hasta la Sierra de Guadarrama y ocupaba todas las llanuras del suroeste de la capital.

No nos quedaban libres nada más que las carreteras de Valencia, Cuenca, y Guadalajara con sus caminos secundarios.

El cinturón rebelde nos iba asfixiando poco a poco, pero el pueblo madrileño no lo notaba o no quería notarlo. Por las tardes teatros y cines se veían llenos de público y las autoridades se vieron obligadas a suspender el funcionamiento de los salones de baile porque los milicianos que regresaban a descansar unos días de los frentes se quejaron de lo mucho que se divertía la retaguardia...

PROXIMAMENTE: EL 15 DE JUNIO

A P A R E C E R A

LAS RELIGIONES BAJO EL IMPERIO DEL SEXO  
(Estudio psicoanalítico) por SIGSMUNDO FREUD.

CIEN PAGINAS

Valor del ejm. \$ 1, 20



**SOLICITE EN LAS LIBRERIAS,  
AGENCIAS Y PUESTOS DE VENTA.**

**TODOS LOS MESES UN TITULO.  
UN NUEVO LIBRO PARA SU BIBLIOTECA.**

***Imprenta «ECUADOR» (Guayaquil 36 - Quito - Ecuador)***

---

EDICIONES



ANTORCHA

